

APUNTES PÓSTUMOS

RELACIÓN HISTÓRICA DE LA PRIMERA CAMPAÑA DEL GENERAL ARENALES *A la sierra del Perú, en 1820*

El camino del historiador es una búsqueda interminable y constante de información que, a través de su reflexión e interpretación, asume la gran responsabilidad de brindarnos una nueva mirada del ayer destinada a entender mejor el momento histórico que nos tocó vivir y que la revisión histórica terminó por definir. Esa es la ruta que debe seguir cada estudiante, profesor o ciudadano que desee entender a cabalidad el proceso que condujo a nuestra independencia, y su trascendencia en los momentos actuales, revisando cada elemento disponible que nos señalen nuevos derroteros hacia nuevas orientaciones.

En su persistente tarea de promover y ejercitar nuestra cultura, en esta oportunidad la Asociación Cultural Yarovillca de Pasco, con el apoyo del Ministerio de Cultura, cumple con difundir y compartir los escritos de José Segundo Roca, para que nos sirva como fuente para conocer y reflexionar el aporte militar, en toda su complejidad humana, que significó el proceso independentista.

Se trata de un libro-memoria de necesaria revisión para toda persona, desde la mirada personal de un soldado tucumano, vea la guerra en su transcurrir cotidiano, de las costumbres y decisiones que se toman y trascienden ante tan cambiante escenario. Esta obra fue entregada por su autor el primer día de mayo de 1865 a Gerónimo Espejo luego de cuatro meses de recordar los hechos ocurridos entre el segundo semestre de 1820 e inicios de 1821, y después de transcurridos 46 años de aquellos sucesos. Lo hechos están descritos con reflexiones que complementan lo militar y político, priorizando lo primero, como reflejo de su propia existencia como militar.



APUNTES PÓSTUMOS

RELACIÓN HISTÓRICA DE LA PRIMERA CAMPAÑA DEL GENERAL ARENALES A LA SIERRA DEL PERÚ, EN 1820

Publicado en la Revista de Buenos Aires (1866)
Por: El Coronel Argentino José Segundo Roca

APUNTES PÓSTUMOS LA PRIMERA CAMPAÑA DEL GENERAL ARENALES



APUNTES PÓSTUMOS

RELACIÓN HISTÓRICA
DE LA PRIMERA CAMPAÑA
DEL GENERAL ARENALES
A LA SIERRA DEL PERÚ, EN 1820

Publicado en la Revista de Bs. As. (1866)
Por: El Coronel Argentino José Segundo Roca





BENEFICIARIO DE LAS LINEAS DE APOYO
ECONÓMICO PARA EL SECTOR CULTURA



PERÚ

Ministerio de Cultura



APUNTES PÓSTUMOS

RELACIÓN HISTÓRICA
DE LA PRIMERA CAMPAÑA
DEL GENERAL ARENALES
A LA SIERRA DEL PERÚ, EN 1820

Publicado en la Revista de Bs. As. (1866)
Por: El Coronel Argentino José Segundo Roca



Prohibida la reproducción total o parcial de este libro,
sin la autorización previa del editor.

*APUNTES PÓSTUMOS, Relación histórica de la primera
campaña del general Arenales, a la sierra del Perú, en 1820*

© 2021, Editado por: Asociación Cultural Yarovillca

Corrección de estilo: José Vargas Sifuentes
Diseño interiores y cubierta: Daniel Torres

Primera edición: Abril 2021
Tiraje: 1.000 ejemplares

Hecho en el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 20216-0000

Impreso en:

PRÓLOGO

La curiosidad con que nos asomamos a redescubrir nuestro pasado nos permite tomar conciencia de pertenecer a un grupo humano con un pasado complejo, lleno de relatos desveladores de cada costumbre o tradición arraigada entre nuestros mayores, que ahora comparten con su generación, en iguales condiciones o en transformaciones temporales y acomodados necesarios; y nos inquietan más las preguntas infinitas, que cual ovillo a desenvolver continúan unas a otras en un sinfín de consultas y repreguntas.

Las respuestas que encontramos reconstruyen la historia, nos brinda sentido de pertenencia y marcan nuestro sentido de tránsito vital. Tarde o temprano ese acercamiento definirá los roles que cumplimos cada uno de nosotros en nuestra sociedad. En este bicentenario y con las condiciones sanitarias que nos toca afrontar y adoptar, las preguntas deben ser más críticas en beneficio de las nuevas generaciones a las que va dirigido el esfuerzo de compartir esta obra.

El camino del historiador es una búsqueda interminable y constante de información que, a

través de su reflexión e interpretación, asume la gran responsabilidad de brindarnos una nueva mirada del ayer destinada a entender mejor el momento histórico que nos tocó vivir y que la revisión histórica terminó por definir. Esa es la ruta que debe seguir cada estudiante, profesor o ciudadano que desee entender a cabalidad el proceso que condujo a nuestra independencia, y su trascendencia en los momentos actuales, revisando cada elemento disponible que nos señalen nuevos derroteros hacia nuevas orientaciones.

En su persistente tarea de promover y ejercitar nuestra cultura, en esta oportunidad la Asociación Cultural Yarovillca de Pasco, con el apoyo del Ministerio de Cultura, cumple con difundir y compartir los escritos de José Segundo Roca, para que nos sirva como fuente para conocer y reflexionar el aporte militar, en toda su complejidad humana, que significó el proceso independentista.

Se trata de un libro-memoria de necesaria revisión, desde la mirada personal de un soldado tucumano, para ver la guerra en su transcurrir cotidiano, de las costumbres y decisiones que se toman y trascienden ante tan cambiante escenario. Esta obra fue entregada por su autor el primer día de mayo de 1865 a Gerónimo Espejo luego de cuatro meses de recordar los hechos ocurridos entre el segundo semestre de 1820 e inicios de 1821, y después de transcurridos 46 años de aquellos sucesos. Lo hechos están descritos con reflexiones que complementan lo militar y político, priorizando lo primero.

La crónica de guerra de este militar, que se enroló a los 16 años en su ciudad natal y que definió su destino en la gran proeza de cruzar los Andes con el ejército al mando

de José de San Martín y su respectivo impacto militar y político en la independencia de Chile.

Su participación activa en la expedición al Perú constituye el quiebre histórico de donde empieza este relato, inicialmente como subteniente de banderas del Batallón N.º 11 de los Andes, y su decisión personal de formar parte de esta gesta libertaria fuera de su terruño. La narración que nos brinda al enfrentarse a una realidad diferente es el de un viajero y explorador maravillado por las costumbres y comportamientos de un país en pleno proceso de rebeldía contra la opresión española. Cada lugar y persona que se encuentra en su camino desde su partida el 5 de octubre de 1820 de la hacienda Caucato sirve para mostrarnos el mosaico humano en que el país de los incas, como él lo llama, vive y convive en los momentos de mayor convulsión política y militar, y nos revela el gran apoyo que brindan las poblaciones por donde transcurre la División Arenales para su manutención diaria; las muestras de cariño y adhesión a su causa, acompañadas con cantos y danzas; la colaboración con animales de transporte y para su alimentación; su ofrecimiento como espías, de reconocimiento de terreno, de guías y de soldados para enfrentar al enemigo; es decir, un involucramiento total que nos confirma que los peruanos de entonces estuvieron peleando constantemente por su libertad.

La naturalidad de su relato desnuda también los compromisos de cada integrante al interior del ejército patriota en el fragor de la lucha armada, con la visión militar de alcanzar los grandes objetivos que antes de la salida de Valparaíso se habían forjado, y que en el trajinar hacia la sierra en la primera campaña confirmaban a cada paso que

era posible lo que inicialmente se consideraba imposible y hasta absurdo. Cada soldado de la libertad, venidos desde lejos con San Martín a la cabeza, demostraron que era posible, y el solo pensar que regresarían al seno familiar los motivaba más a actuar ante lo que se presentaba, con la esperanza de volver algún día.

Cabe resaltar la descripción que el autor hace de Juan Antonio Álvarez de Arenales, al que presenta como un hombre inflexible, de rígida formación, con un liderazgo que administra los recursos de guerra de manera disciplinada, asegurando el logro de grandes empresas como en su momento lo hiciera San Martín. Pero, al mismo tiempo, desvela la figura humana del ser agradecido, condescendiente y amigable que trasciende en este bicentenario como uno de los ejemplos de entrega por la libertad y que permanecerá vigente por su aporte inigualable a la consecución del disfrute momentáneo pero único de la libertad en estas elevadas tierras del mundo.

Como complemento a lo dicho, este libro revela las rencillas y las oscuras actitudes de los seres humanos en su vivencia cotidiana, rediseñando la historia y acertando o equivocándose para legar un nuevo orden, tan esquivo que pareciera nunca llegar.

Pero el aporte más significativo de José Segundo Roca lo constituye el detalle con que narra la Batalla de Pasco, primera acción de armas de gran magnitud desde la llegada del ejército patriota al Perú, y que desató el primero de los nudos con que España nos tenía colonizados, brindando a la posteridad el evento militar inicial para fundar las nuevas fuerzas con que esta naciente nación se forjaría y construiría en el sinfín de los intereses involucrados.

El autor invita al lector a viajar junto al Ejército Libertador, recorrer cada trozo de terreno y sentir la vorágine de la guerra y el desarrollo de la batalla con la complejidad que significa el traslado hacia Villa de Pasco, a Yauricocha, al cerro de Uliachín, al camino real, las lagunas y las acciones militares y humanas desarrolladas en esos poco más de 45 minutos de enfrentamiento desde el salto al foso en el lugar que ahora conocemos como 'cinco esquinas' y que continuaron en las calles de esta histórica ciudad, que guarda con solemnidad el recuerdo del gran aporte de extranjeros peleando por la libertad de todos, y atesora eternamente su entrega recordándolos anualmente en la escenificación a cargo de estudiantes, docentes y pobladores de Cerro de Pasco.

Chilenos, rioplatenses, paraguayos, españoles y otras sangres se juntaron con la sangre de negros, indios y criollos por ser las etnias o razas que estuvieron involucrados en un encuentro sin precedentes, y lograron derrotar la opresión a la dignidad humana, a una gran altitud el 6 de diciembre de 1820, cuando se nos permitió respirar el aire de libertad pocas veces antes inhalado.

Dejamos en manos del lector un patrimonio del bicentenario que resalta en la pluma de José Segundo Roca la intensidad de vida que significó la independencia de nuestro país. Hoy, luego de 200 años, reiteramos el agradecimiento a esas almas luchadoras cuya acción se reaviva con su recuerdo, pero más aún revive con el compromiso diario de reconstruir nuestro Perú con las mejores intenciones para todos, y con ello la entrega total de cada persona en esta difícil tarea.



APUNTES PÓSTUMOS

Los apuntes históricos del coronel Roca que van a ver la luz en las columnas de la Revista de Buenos Aires, los tengo desde ahora año y medio que se marchó a traer un contingente para el ejército de operaciones, y me los dejó con el objeto de que los revisase e hiciese algunas correcciones. Los examiné en su ausencia y esperaba su regreso para ofrecerle varios otros datos y una que otra observación. Mas, a su vuelta a esta capital en noviembre con el Batallón Tucumano, la premura de su marcha a Corrientes no dio tiempo a que nos ocupásemos de esa tarea: se hizo indispensable nueva espera hasta que terminase la campaña del Paraguay.

Pero el día menos pensado nos sorprendió la deplorable noticia de su fallecimiento (8 de marzo de 1866 a las 9:34 de la mañana), en el campamento de 'Las Ensenaditas' sobre el 'Paso de la Patria'. Este inesperado acontecimiento, si ha privado a la historia de recoger más extenso o correcto el trabajo del coronel Roca, y otros que preparaba según se ve en la carta que encabeza los apuntes, no me privará a mí de hacerlos conocer a nuestros compatriotas en el estado

en que quedaron; y para que quien llegue a leerlos no ignore los antecedentes de su expositor y les dé el crédito que merezcan, me permito hacerlos preceder de su foja de servicios, propendiendo a que se tribute a su memoria la parte de gloria que le cupo, en el paseo triunfal que el Estandarte Argentino hizo desde las riberas del Plata hasta el Chimborazo.

Gerónimo Espejo.

Ejército Nacional

El Coronel de Caballería José Segundo Roca nació el 1 de junio de 1800; su país: la ciudad de Tucumán, en la República Argentina; su salud conservada; sus servicios y circunstancias: las que a continuación se expresan.

Tiempo en que empezó a servir— Los empleos

Empleos	Días	Meses	Años
Cabo 1.° de cívicos de Tucumán	15	Febrero	1816
Subteniente de Banderas del N.° 11	10	Junio	1820
Teniente 2.°	6	Diciembre	1820
Capitán de Caballería	4	Enero	1822
Grado de Sargento Mayor	22	Junio	1822
Sargento Mayor efectivo	9	Julio	1825
Grado de Teniente Coronel	23	Febrero	1827
Teniente Coronel efectivo	12	Junio	1829
Coronel efectivo	23	Septiembre	1830

Tiempo que sirvió en cada empleo

Empleos	Días	Meses	Años
De cabo 1.° de Cívicos
De Subteniente de Banderas	...	5	26
Teniente 2.°	1	...	28
De Capitán	3	6	5
De Sargento Mayor	3	11	3
De Teniente Coronel	1	3	11
De Coronel	33	3	7
Total hasta el 30 de diciembre de 1863 en que se hizo esta foja de servicios	43	6	20

Cuerpos en que ha servido

Empleos	Días	Meses	Años
En la Compañía de Cazadores Cívicos de Tucumán desde el 15 de febrero de 1816
En el Batallón número 11 del Ejército de los Andes, desde el 10 de junio de 1820	1	6	24
En el Regimiento de Cazadores a Caballo del Perú, desde el 4 de enero de 1822	1	1	22
En el Cuartel General del Ejército del Perú, desde el 26 de febrero de 1823	3	5	20
En el Estado Mayor del Ejército Republicano sobre el Brasil desde el 16 de agosto 1826	27	11	14
En el Estado Mayor del Ejército Nacional desde el 31 de Julio 1854	9	5	...
Total, hasta el 30 de diciembre de 1863 en que se hizo esta foja de servicios	43	6	20

Campañas y acciones de guerra en las que se ha hallado

En la Campaña Libertadora del Perú a las órdenes del Excmo. Capitán General José de San Martín, para la cual se embarcó con el batallón número 11 al que pertenecía, formando el Ejército Unido Libertador de los Andes y Chile, en el puerto de Valparaíso, el 20 de agosto de 1820.

Desembarcado el Ejército Libertador en Pisco, marchó con su batallón el día 5 de octubre del mismo año 20 a la primera campaña de la Sierra del Perú, bajo las órdenes del señor general Juan Antonio Álvarez de Arenales.

Se halló en el combate de la Cuesta de Jauja el 20 de noviembre del mismo año 20, en que fue sorprendida y batida la división realista de 600 hombres, que mandaba el intendente de Huancavelica José Montenegro, por 40 granaderos a caballo y 15 oficiales entre los que se hallaba Roca, mandados por el sargento mayor graduado capitán Juan Lavalle.

Se encontró en la Batalla de Pasco, el 6 de diciembre del mismo año 20, con el batallón número 11 del que dependía, en la cual fue completamente derrotada por el citado general Arenales una división del ejército español mandada por el brigadier Diego O'Reilly; por cuya victoria concedió el general San Martín una medalla de plata a la oficialidad, y entre los ascensos con que además fue premiada, a Roca le tocó ascender a teniente segundo de la compañía de granaderos de su batallón.

A consecuencia de la sublevación de los pueblos de Otuzco y Moyobamba (departamento de Amazonas en el Perú), y simultáneamente del depósito de prisioneros en el pueblo de Huarmey de jefes y oficiales realistas; el teniente Roca marchó con un destacamento de 60 hombres del batallón número 11, por orden del general San Martín, para prestar apoyo al presidente del departamento, el marqués de Torre Tagle, y la ciudad de Trujillo su capital, contra los ataques o depredaciones de los sublevados.

Habiéndose posesionado el general San Martín en julio de 1821 de la capital de Lima, y asumido en consecuencia el supremo poder político y militar del Perú, el 15 de agosto expidió un decreto por el que concedía varios premios al Ejército Libertador, entre ellos una medalla de oro a la oficialidad con el lema "*Yo fui del Ejército Libertador*", de

la cual también disfrutó Roca, según diploma que se le expidió en diciembre del mismo año.

Por disposición del general San Martín se mandó crear el Regimiento de Cazadores a Caballo del Perú sirviendo de base el destacamento que mandaba el teniente Roca, cuyo cuerpo formó parte de la división que a las órdenes del señor general Andrés de Santa Cruz marchó de Piura en febrero de 1822, en auxilio del ejército que hizo la campaña del Ecuador bajo la dirección del señor mariscal Antonio José de Sucre.

El 24 de mayo de 1822 se halló en la batalla de Pichincha con el regimiento de su dependencia, en la cual fue deshecho y rendido el ejército español mandado por el virrey Aymerich: por esta victoria disfrutó Roca de tres medallas de oro que en su honor fueron decretadas, la primera por el libertador de Colombia Simón Bolívar; la segunda, por el Cabildo y ciudad de Quito; y la tercera, por el gobierno del Perú, siendo además premiado Roca por el general San Martín con el grado de Sargento Mayor por haber conducido el parte del general Santa Cruz por ese triunfo.

Enseguida, el mayor Roca fue nombrado ayudante de campo del general en jefe del ejército peruano Andrés de Santa Cruz, con el cual hizo la segunda expedición sobre puertos intermedios, embarcándose en el Callao el 23 de mayo de 1823.

Se encontró el mayor Roca en la acción de Zepita el 25 de agosto del mismo año 23, por cuya victoria disfrutó de una medalla de oro.

A principios de septiembre del mismo año 23, el mayor Roca fue desde el pueblo de Calamarca a la ciudad de Oruro enviado por el general Santa Cruz en clase de

parlamentario ante el general del ejército real Pedro Antonio Olañeta, comisión ostensible que envolvía instrucciones reservadas para algunos jefes realistas, cuyos resultados patentizaron las posteriores operaciones militares del ejército expedicionario.

Terminada la campaña del Alto Perú y vuelto a Lima a fines de 1823, fue nombrado Roca edecán del señor general del Ejército del Norte, José de La Mar, y a consecuencia de la sublevación de las tropas que guarnecían las fortalezas del Callao en febrero de 1824, se retiró hasta la ciudad de Trujillo donde tenía su cuartel general el libertador Simón Bolívar, y dirigió la organización del ejército que hizo la última campaña que afianzó la independencia de América.

Se halló en la batalla de Junín el 6 de agosto de 1824 por la cual disfrutó de una medalla de oro decretada por el libertador Bolívar.

Como edecán del cuartel general en la última campaña del Perú fue comisionado por el señor mariscal Sucre, desde la provincia de Aymaraes, para llevar ante el general Bolívar, que se retiraba hacia la costa de Chancay, el parte de las operaciones practicadas por ambos ejércitos beligerantes hasta los últimos días de noviembre, y detallarle las maniobras, el estado y situación de ambas fuerzas, y las peligrosas posiciones que ocupaban, consultándole la gravedad del caso y la imposibilidad de prolongar por más tiempo semejante situación sin librar a una batalla para el éxito de la campaña.

Al regresar Roca de Chancay con la respuesta del Libertador al general Sucre, en que le ordenaba aceptar o presentar batalla al ejército real, cayó gravemente enfermo en la ciudad de Jauja, cuyo involuntario accidente le privó

de asistir personalmente a la Batalla de Ayacucho el 9 de diciembre de 1824, pero sí fue declarado con opción a la medalla de oro y demás premios acordados al Ejército Libertador por decreto del general Bolívar.

Terminada la guerra de la independencia con el triunfo de Ayacucho, y restituido Roca al suelo de la Patria en 1826, fue reconocido en su clase de Sargento Mayor por el señor presidente de la República Bernardino Rivadavia, y destinado al ejército republicano como ayudante de campo del señor general Lucio Mansilla, quien pasó a la banda oriental a dar dirección a las fuerzas que sitiaban la plaza de Montevideo ocupada por el ejército brasileño.

Enseguida, cuando el general Mansilla fue nombrado jefe de Estado Mayor del Ejército Republicano, pasó de Montevideo a ocuparse de su alto puesto en la campaña sobre el territorio del Brasil, y se incorporó al ejército en los últimos días de diciembre del mismo año 26 en las puntas del Río Negro.

Se halló Roca en el combate del Ombú el 16 de febrero de 1827, a las órdenes del mismo general Mansilla, en cuyo triunfo le cupo una parte decisiva.

También se encontró en la batalla de Ituzaingó el 20 del mismo mes y año a las órdenes del general en jefe Carlos de Alvear, por la cual recibió el cordón y el escudo decretados como premios de honor, el primero por el señor presidente Rivadavia, y el segundo por el Congreso General Constituyente el 11 y 16 de marzo.

Habiendo pasado como edecán del general Alvear, se encontró en el ataque que ejecutó en persona con varios escuadrones de caballería sobre una división brasileña

mandada por el general Bento Manoel, en el punto Camacué el 27 de abril del mismo año 27.

Nombrado general en jefe del ejército el señor brigadier Juan Antonio Lavalleja, y continuando Roca en su clase de edecán, se halló en la sorpresa que hizo en persona al ejército imperial el 22 de febrero de 1828, en el puesto del padre Filiberto sobre el río Yaguaron.

Habiendo sufrido un contraste los cuatro buques de la escuadrilla argentina que operaba en el Lago Merín, el teniente coronel Roca entonces fue comisionado por el general Lavalleja para marchar a salvarla del ataque combinado que la escuadra sutil brasileña le preparaba con sus diecisiete buques, en cuya ocasión aprovechando de un retardo que padecieron los imperiales, tuvo tiempo para hacerlos remontar el río San Luis, de formar trincheras en la margen izquierda del río con artillería de los mismos buques, y de este modo salvarla de la destrucción que indudablemente habría sufrido.

A consecuencia del tratado preliminar de paz celebrado entre la República Argentina y el Imperio del Brasil, el ejército se retiró del cuartel general del Cerro Largo sobre Buenos Aires en dos divisiones, y a Roca le tocó hacerlo en la segunda a las órdenes del señor general José María Paz que hizo su entrada el 29 de diciembre de 1828, quedando así terminada la campaña del Brasil.

Llegado a Buenos Aires, Roca fue destinado por el gobierno como jefe del detal de la división que al oeste de la provincia operaba a las órdenes del coronel Isidoro Suárez, encontrándose en esa vez en el combate de las Palmitas, el 9 de febrero de 1829.

Enseguida, Roca fue dado a reconocer como edecán del señor gobernador provisorio de la provincia, general Juan Lavalle, en cuyo puesto lo acompañó a la campaña que emprendió en persona sobre la provincia de Santa Fe, repeliendo la invasión que su gobernador, el general Estanislao López, emprendió sobre la de Buenos Aires con sus tropas y hordas de salvajes del Chaco.

Se halló en la acción del Puente de Márquez el 26 de abril de 1829, que el general Lavalle libró contra las fuerzas unidas de Juan Manuel Rosas y del general López gobernador de Santa Fe.

A consecuencia del tratado que el general Lavalle celebró con Juan Manuel Rosas el 24 de junio de 1829, y de los artículos adicionales de 26 de agosto en Barracas, el ejército nacional fue disuelto en Buenos Aires, y Roca obtuvo licencia del gobierno para retirarse a Tucumán, su país natal; y al pasar por Córdoba el señor general José María Paz lo comisionó para traer al ejército que operaba en las provincias del interior bajo su dirección, un contingente de tropas de la provincia que había ofrecido su gobernador, el general Javier López.

Llegado Roca a Tucumán, concurrió a la campaña que su gobernador, el general López, emprendió sobre la de Santiago del Estero en junio de 1830, la cual dio por resultado una capitulación con su gobernador el general Felipe Ibarra, en la cual una de sus estipulaciones fue que él se retiraría a la provincia de Santa Fe, como lo efectivizó.

Enseguida hizo la campaña en la provincia de Salta bajo las órdenes del señor general José Ignacio Gorriti para pacificar la frontera del Rio del Valle y Lachiguanas, donde se había sublevado el coronel Pablo Latorre

proclamando la federación, y cuya fuerza fue dispersada. Dicho coronel fugó al territorio norte de Santiago del Estero sobre el Chaco.

Habiéndose tranquilizado las provincias del norte, el gobierno de Tucumán despachó a Córdoba el contingente ofrecido, y el coronel Roca se incorporó al ejército nacional en abril de 1831, con el regimiento de granaderos a su mando; con él asistió a las operaciones de la campaña hasta el desgraciado día 10 de mayo de 1831 en que fue tomado prisionero el general Paz por una montonera de Santa Fe, y recibido accidentalmente del mando del ejército el general Gregorio Aráoz de la Madrid, en mayo se retiró hacia las provincias del Norte.

En esta retirada, y antes de pasar la travesía de Ambargasta, se halló Roca en el combate de Las Piedritas el 1 de junio de 1831, mandando un escuadrón del regimiento a su mando y bajo las órdenes del coronel Mariano Acha, en el cual fue batida y dispersada una montonera de 800 y más hombres capitaneados por Francisco Reinafé que había sido destacado desde Santa Fe para hostilizar al ejército.

Resuelta la situación política de las provincias del Norte por el contraste que sufrió el ejército en la ciudadela de Tucumán el 4 de noviembre de 1831, y en virtud del tratado celebrado por el general Juan Facundo Quiroga con la provincia de Salta el 2 de diciembre, en cuyo artículo 1.º se pactaba el extrañamiento de los jefes y oficiales del ejército, el coronel Roca salió deportado en calidad de preso, y se asiló en la república limítrofe de Bolivia a principios de febrero de 1832.

Dominados los pueblos argentinos por el tirano Juan Manuel Rosas, Roca tomó parte en la invasión que el general

Javier López ejecutó desde Bolivia sobre Tucumán en enero de 1837, la cual habiendo fracasado y caído prisioneros todos los que la componían, el general Alejandro Heredia, gobernador de la provincia, mandó fusilar al general López y al doctor Ángel López, salvándole la vida a Roca por un acto de generosidad.

Trasladado Roca a Buenos Aires en 1839, y clasificado por Rosas de salvaje unitario, después de tres años de sufrimientos fue restituido a Tucumán, donde permaneció hasta la victoria de Caseros el 3 de febrero de 1852, día en que fue derrocado el tirano y los argentinos volvieron al goce de su libertad.

En el pronunciamiento que en abril de 1852 hizo el pueblo Tucumano para sacudirse del poder terrorista del general Celeio Gutiérrez, durante su ausencia del acuerdo de San Nicolás de los Arroyos, Roca perteneció a las filas del partido liberal que lo verificó, resultando electo por el voto popular el ciudadano Manuel Espinosa.

No conformándose el general Gutiérrez a su regreso de San Nicolás con el cambio realizado, y lejos de eso, habiendo reunido fuerzas y sublevado los departamentos del sur para restablecerse en el mando, el gobernador Espinosa puso en armas la guardia nacional, y confiándole a Roca el mando en jefe de una división de ... hombres, hizo la campaña de Huacra que dio por resultado el rechazo del invasor y su alejamiento a la provincia de Catamarca.

Persistiendo el general Gutiérrez en detentar el poder de que había sido depuesto, y auxiliado para ello con fuerzas y elementos por el de Catamarca, el gobernador de Tucumán puso un ejército en campaña confiando a

Roca al mando de la masa de infantería, y en la batalla de Los Laureles el 23 de diciembre de 1853 Gutiérrez fue completamente derrotado y puesto en fuga.

Buenos Aires, diciembre 31 de 1863.

Señor coronel Gerónimo Espejo.

Buenos Aires, 1 de mayo de 1865.

Mi distinguido amigo y camarada:

En oportunidad tuve la satisfacción de recibir tu carta de fecha 31 de diciembre, en que me pedías la relación histórica de varios periodos de la campaña libertadora del Perú, y ahora voy a confesarte, con la franqueza de la amistad, que fue poco favorable la impresión que me hizo la primera lectura, porque nunca me había ocurrido la idea de hacer el papel de historiador; pero cediendo a tu empeño, fluctuando entre dos impulsiones opuestas, antes de resolverme por una u otra, volví a leer y releer la carta con más calma y reflexión, fijándome en la especie de indicador a que has sujetado los párrafos de cada sección, y en particular aquel periodo que dice una relación sencilla de lo que hubieses visto, oído o llegado a saber; entonces me persuadí de que la obra no era tan difícil como me la había imaginado; y confirmándome más en esta creencia, algunas conferencias y el examen de otros datos, ese conjunto refrescó a tal grado mis tradiciones y renovó el entusiasmo de esos tiempos de grato recuerdo, que la ilusión me presentaba las cosas tan patentes como si ayer no más hubieran sucedido. En fin, mi querido amigo: bajo la inspiración de tan vivas impresiones, he escrito la primera parte a que se contrae tu carta -La campaña de la Sierra en 1820-, que encontrarás en los adjuntos pliegos, trabajo que te dedico como prueba de la amistad que por tantos años nos ha unido, rogándote que lo examines, enmiendes o modifiques como mejor te pareciere, antes de hacerle lugar en tus colecciones.

Por lo demás, y en cuanto a las otras tres partes por las que te interesas en la carta -Campaña de Pichincha; Campaña de Intermedios por el General Santa Cruz, y Campaña de Ayacucho-, como ya me es conocida la senda y el modo de trillarla, te prometo ocuparme más tarde poco a poco, y remitírtelas conforme las vaya terminando.

Yo me marcho a Tucumán a ver si coopero en algo a la guerra en que se ve empeñado el país, y esta carta con los apuntes así como los libros y antecedentes que me facilitaste, te serán entregados cuando regreses del Rosario de tu convalecencia; debiendo prevenirte por conclusión que, no porque ahora me ausente, serán menos vivos mis deseos de complacerte, esperando al mismo tiempo que no dejes de escribirme como lo has hecho otras ocasiones.

Soy como siempre tu afecto amigo y antiguo compañero

José Segundo Roca.



Primera campaña del general Arenales, Perú-1820

La historia de las campañas del ejército argentino, que bajo el título de los Andes combatió por la independencia de las repúblicas sudamericanas bajo la dirección del general San Martín, es obra que hasta el día entiendo que no se ha escrito, pero ni se ha anunciado que alguno se ocupe de ella. Mas, como me complazco en suponer, por razones que es obvio indicar, que alguna pluma argentina sea la que emprenda ese trabajo, o por lo menos el de compilar los fragmentos dispersos de esa epopeya, es para entonces que podrá utilizarse algo de los apuntes que aquí voy a reunir.

Por otra parte, habiendo leído ahora muchos años después una memoria histórica titulada *Segunda campaña del General Arenales a la Sierra en 1821*, recuerdo que su autor ofrecía ocuparse más adelante de la primera, y esperé leerla porque habría tenido en ello una verdadera complacencia; pero buscándola entre algunos amigos y posteriormente en las librerías de Buenos Aires, mis diligencias han sido infructuosas, pues todos me han

respondido que *no existe y creen que aún no se ha escrito*. Estas razones y las de que han ido desapareciendo una tras otra las personas que con más fidelidad pudieran haber dado noticia de esa campaña; que siendo yo el único argentino quizá que existe en el país de los que concurrieron a ella, me considero ya también muy próximo al sepulcro; y lo que es aún más, el pesar de que puedan quedar sepultados en la oscuridad los detalles de los primeros pasos de la Expedición Libertadora del Perú, empresa que en mi humilde concepto fue el hecho más influyente sobre la emancipación de la América meridional. Todas estas reflexiones, repito, y además el empeño de un amigo a quien deseo complacer, me han animado a emprender este trabajo del que nunca había pensado ocuparme. En este concepto y sin más pretensión de mi parte que contribuir con un grano de arena a la historia argentina, he coordinado los apuntes de lo que ocurrió en los *noventa días* de la campaña cuyo título encabeza estos renglones, de los cuales a mí me cupo la honra de ser testigo, por haber sido entonces abanderado del Batallón N.º 11 que fue uno de los cuerpos que formaron la División Arenales.

Hecho este breve exordio, solo me resta advertir que siendo apenas un pobre soldado sin más estudios que los que requiere su profesión, no debe extrañarse que la redacción adolezca de fallas de toda clase, menos de la verdad pura y sencilla que ha sido mi guía, pues expreso que no tengo ni un átomo de aspiración a la espectabilidad.

* * *

Estoy en la persuasión de que, tanto en los estados americanos cuanto en los principales de Europa, es bastante conocida la expedición con que el general San Martín se lanzó desde Chile en 1820 a combatir la dominación española en el Perú y libertar del coloniaje el antiguo imperio de los Incas; más si esa atrevida empresa es conocida en grande, me atrevo a creer que no sucede otro tanto acerca de sus detalles, muy en especial en aquellos primeros pasos que siguieron a su desembarco en Pisco. Yo me he propuesto hacer esa demostración ya que ningún otro lo ha hecho hasta ahora, pero para que la narración guarde la debida cohesión con la infancia del ejército, se me ha de permitir una sucinta reseña de su origen y los primeros pasos de su carrera.

Amenazada inminentemente por el oeste la emancipación del territorio argentino, por el triunfo que alcanzaron las armas españolas en Rancagua (Chile) en octubre de 1814, y reagravada con los descabros sucesivos que sufrieron nuestras tropas en Vilcapugio, Ayouma y Sipesipe por el norte; la situación se tornó tan crítica y alarmante, que estuvo en una disyuntiva muy peligrosa, pero disyuntiva que, si amilanó el espíritu de los débiles y halagó el de los enemigos de la causa, reanimó en escala incomparable la energía de los varones que levantaron el grito el 25 de mayo de 1810 en Buenos Aires, y retempló el entusiasmo de la masa de los pueblos.

Tales circunstancias, y la oportuna presentación de un nuevo plan de operaciones, por uno de los animosos patriotas de esa época, monumento vivo que existe

todavía, hicieron variar el pensamiento del Gobierno, y la formación del Ejército de los Andes fue decretada bajo la dirección del guerrero más sobresaliente que ha tenido la América del Sur. Sus hechos posteriores confirmaron superabundantemente el acierto de semejante elección. El ejército se creó en la antigua provincia de Cuyo (que más tarde se fraccionó en tres: Mendoza, San Juan y San Luis), con tan exiguos elementos, que el mismo General cumpliendo un deber de justicia dijo con este motivo: ***“Mis recursos eran escasos, y apenas tenía un embrión de ejército; pero conocía la buena voluntad de los cuyanos y emprendí formarlo bajo un plan que hiciese ver hasta qué grado puede apurarse la economía para llevar a cabo las grandes empresas.”***

La creación del ejército en Mendoza puso en jaque la dominación española de Chile, pero el presidente Marcó pareció mirar ese hecho con desdeñosa impasibilidad. El general San Martín, en consecuencia, completó tranquilamente la creación y disciplina de su ejército, y en una campaña de 24 días alcanzó la espléndida victoria de Chacabuco el 12 de febrero de 1817; el ejército realista perdió 1,100 soldados en este día, 500 que entre muertos y heridos quedaron en el campo de batalla, y 600 prisioneros entre jefes, oficiales y tropa; incluso, Marcó, su general en jefe, se constituyó en el verdadero mérito de este triunfo, que el reino de Chile quedó libre casi en toda su extensión de sur a norte.

El virrey de Lima, como era consiguiente, no se conformó con que los territorios de su soberano se desmembrasen tan impunemente, y se propuso restablecer el equilibrio.

Pero ya era tarde. Todo lo que la causa del Rey había perdido, en terreno, fuerzas, opinión etc., lo había ganado el general San Martín. De poco le sirvió mandar avanzar el ejército del Alto Perú sobre la provincia de Salta, dominado de la ilusión de apoderarse de las lomas hasta Buenos Aires. Este fue otro delirio: no contando con simpatías en los territorios que momentáneamente sojuzgó, ni con recursos bastantes, no pudo sostenerse. El general La Serna, hostilizado por el general Güemes y sus gauchos de Salta, tuvo que retirarse con considerables pérdidas.

Hizo no obstante otro esfuerzo el virrey sobre el territorio chileno. Mandó un segundo ejército con el general Osorio a reforzar los restos que habían salvado de Chacabuco y atrincherado en Talcahuano, pero aunque consiguió una buena ventaja en Cancha Rayada, no por eso fue más feliz que en las otras tentativas. Una mano invisible parecía encaminar las cosas de otro modo: los defensores de la emancipación americana lavaron la mancha de su confianza o descuido, con otro nuevo triunfo el 5 de abril de 1818 en Maypo, y Chile en una pirámide mandó inscribir *gloria los vencedores de los vencedores en Bailen*. El ejército realista perdió en esa jornada más de 4,600 hombres, de ellos 1,400 entre muertos y heridos en el campo de batalla, y el resto de 3,200, prisioneros, incluso 190 entre generales, jefes y oficiales, menos el general en jefe Osorio que *escapó a uña de caballo*, como vulgarmente se dice: y la aurora que siguió a ese gran día, anunció a la América el renacimiento del Sol del Imperio de los Incas.

Desde ese hecho memorable en que el guerrero argentino cerró el segundo periodo de sus hazañas, sus

conatos se contrajeron exclusivamente a trasladar su teatro a otra región que gemía bajo el yugo del vasallaje y clamaba por su libertad. Poco le importaba que el Virrey contase con más de 20,000 veteranos para defender el alcázar heredado de Pizarro ni que en su mayor parte fuesen de los amaestrados en la Península a costa de Napoleón I, ni que tuviese en sus manos los abundantes elementos del opulento Perú. San Martín, con sus 4,000 aguerridos compañeros, con su denodado arrojo y su incomparable ingenio, se proponía superarlo todo. Pero siempre inexorable por la conservación de la disciplina y la moral de sus soldados, por lo cual era opuesto a que un cuerpo permaneciese mucho tiempo en alguna población: en la primavera del año 19 los hizo salir de la capital de Santiago de Chile a tomar cantones en Rancagua, para que continuasen allí su instrucción diaria como de costumbre, hasta Junio del siguiente año cuando los hizo mover a las cercanías de Valparaíso, para facilitar su embarque a la expedición del Perú en el momento dado; momento que esos soldados vieron llegar poseídos del más ardoroso entusiasmo, porque lo deseaban para terminar su obra y retirarse a gozar en sus hogares, de la libertad y la ventura que su brazo había contribuido a establecer en el suelo americano. Cuando la escuadra y el convoy estuvieron listos se embarcaron entre los aplausos y aclamaciones del pueblo chileno, zarpando a su grande empresa el 20 de agosto de 1820.

No me detendré en las incidencias de la navegación porque no es mi intento redactar ese diario, sino que me bastará decir que a los 19 días de viaje se encontró el convoy fondeado en la ensenada de Paracas, tres leguas al sur del

puerto de Pisco, y 40 de la capital de Lima, a las seis de la tarde del día 7 de septiembre. El 8 desembarcó la primera división del Ejército y tomó posesión tranquila de la villa de Pisco. El 16 llegó al Cuartel General de parlamentario del virrey el alférez Cleto Escudero, con proposiciones que por entonces no fueron conocidas en nuestro ejército, pero el 19 vimos marchar a Lima como enviados del general, acompañados de una escolta, al coronel Tomás Guido, y al secretario de gobierno Juan García del Río: a vista de cuyo lecho, todos sospechamos por inducción que algo de provecho contendrían las proposiciones del virrey cuando se mandaban negociadores, o por lo menos, la viveza astuta de nuestro general algún partido se proponía sacar de la ocasión. Dicho y hecho. El 28 se comunicó al ejército por la orden general, que los comisionados habían ajustado el 26 en Miraflores (pueblito a dos leguas de Lima), un armisticio y suspensión de armas por ocho días. No era pequeña adquisición la de que, la masa de diez mil veteranos que el virrey había aglomerado en Lima respetaba el puñado de cuatro mil que estaba en Pisco, sin acabar quizá de recuperarse del entumecimiento de la navegación y privaciones consiguientes, asegurándole a la vez su quieta permanencia en el terreno que pisaba, por la suspensión de armas solemnemente estipulada. Algunas otras reflexiones y conjeturas hacíamos en nuestros círculos privados, pero me complazco en silenciarlas dejando el campo a los futuros historiadores argentinos, que con más capacidad que yo sabrán deducirlas en honor del genio que sabía prepararlas.

El día 4 se previno a la división que se alistase para marchar al primer aviso, los cuerpos y piquetes siguientes.

CUERPO	TROPAS	JEFES Y OFICIALES PARA SU MANDO
DE LOS ANDES		
El Batallón N° 11	562	Sargento Mayor, Ramón Antonio Deheza
1 Piquete de granaderos a caballo	50	Capitán Juan Lavalle
1 Id. de Cazadores	30	Teniente Vicente Suárez
1 Id. Artillería con 2 piezas	25	Teniente Hilario Cabrera
DE CHILE		
El Batallón N° 2	471	Teniente Coronel Santiago Adunate

Total	1,138	

En la noche del 4 al 5, y en virtud de haber terminado el día anterior los ocho días del armisticio acordado en Miraflores, se puso en marcha esta división desde Caucato a las órdenes del general Arenales, acompañándola además hasta Ica el Regimiento de Cazadores a Caballo al mando de su coronel Mariano Necochea, con una fuerza de 500 y pico de plazas. Se dio a reconocer por segundo jefe de la división y jefe del Estado Mayor, al teniente coronel Manuel Rojas, que llevaba como tercer ayudante al teniente Juan Alberto Gutiérrez.

El primer punto que tocó la división fue la hacienda de Chunchanga, pero para aprovechar el fresco de la noche no cesamos de andar, a excepción de los descansos que se daba a la tropa, para reponerse de la fatiga que causaba la gruesa capa de arena que cubría casi todos los caminos de la costa.

La división llevaba sus descubiertas de caballería a vanguardia, y realizó su marcha hasta la ciudad de Ica

sin la menor novedad, por cuanto la fuerza del coronel Químpér no se dejó ver ni a distancia.

Nuestra entrada a la ciudad fue brillante. El cabildo, las comunidades religiosas con sus prelados; los vecinos notables de la ciudad, y un inmenso gentío salieron a nuestro encuentro. Las demostraciones de regocijo que nos manifestaban esas gentes parecían sinceras por la espontaneidad, y llegaron al más alto grado de entusiasmo. El alcalde de primer voto Juan José Salas y todos los señores municipales se esmeraban y competían en prestarnos atenciones, comedimientos y servicios, que era imposible dejar de agradecer con la más fina sinceridad.

Todos los jefes de los cuerpos fueron alojados en casa de las familias más notables del lugar; la oficialidad de cada uno, en otras casas desocupadas que se asearon y amueblaron con cuanto se consideró preciso a su mayor decencia y comodidad; y a la tropa se le proporcionaron cuarteles en una, dos y más casas contiguas para que estuviesen con desahogo, cuidando en particularmente de la carne, las menestras y las verduras para que el rancho fuese lo mejor posible.

El general Arenales, inmediatamente después de entrar a la ciudad y recoger datos de la dirección que tomaban los enemigos, así como de las familias de españoles que huían hacia Lima llevando un gran cargamento de equipajes, dinero, armamento y pertrechos de guerra de toda clase, mandó en su persecución un escuadrón del Regimiento de Cazadores a Caballo al mando del teniente coronel Rufino Guido, con la orden de perseguirlos hasta batir la fuerza y apresar cuanto se pudiera. Sin embargo, volvió esa misma noche dando parte de que, después de andar

más de seis leguas, no había descubierto rastro ni la menor noticia por el camino que se le había ordenado; de lo que se infería, que eran falsos los avisos dados al general. Este escuadrón descansó un poco y luego volvió a marchar en dirección de Palpa, camino que según las últimas noticias llevaban los enemigos; y fue tan activo que el día 7 les dio alcance, y al primer tiroteo se le pasaron dos compañías de infantería con sus oficiales, y se dispersó el resto en distintas direcciones. Con este logro el comandante Guido regresó a Ica conforme a las órdenes que se le habían dado.

Mientras el comandante Guido verificaba esta operación sobre Palpa, se preparaba en Ica otra pequeña división al mando del jefe de E. M. teniente coronel Rojas, compuesta de los 50 granaderos del mayor Lavalle, una compañía del Regimiento de Cazadores con su capitán Federico Brandzen; la 3era. compañía del batallón N.º 11 con su capitán José Videla Castillo; otra compañía del N.º 2, cuyo capitán no recuerdo quién era, y el piquete de 30 cazadores a caballo del teniente Vicente Suárez. Esta fuerza, que sería como de 250 hombres, marchó el día 12, montada la infantería como mejor se pudo en ancas unos de otros, y dio alcance a la división Químper que llevaba más de 700 hombres de infantería y caballería, el día 15 en el pueblo de Nasca, y la hizo pedazos sin darle tiempo para nada por la impetuosidad del ataque. El marqués de Químper no había podido apresurar más su marcha, a causa del gran tráfago que custodiaba de familias que emigraban para Arequipa, y un gran cargamento de equipajes, armamento, municiones etc., que había sacado de Ica. El fruto de este pequeño triunfo fue de 41 muertos de tropa que dejaron los enemigos en el campo; 15 heridos y 88 prisioneros,

entre ellos seis oficiales, 300 fusiles y un crecido número de tercerolas, armas blancas y los equipajes de los jefes y oficiales de la división.

El comandante Rojas fue informado por algunos vecinos de Nasca, que el marqués había hecho adelantar sobre el pueblo de Acarí más de 100 cargas de armamento, municiones y efectos que había sacado de Ica, en cuya dirección él mismo había fugado con el resto de caballería salvado del combate. Esa misma noche, luego que los caballos hubieron comido y descansado un poco, hizo marchar al teniente Suárez con el piquete de 30 cazadores a caballo que traía a sus órdenes, a ver si lograba hacer presa de esos objetos.

El teniente Suárez, que ansiaba una de esas ocasiones para lucirse, como él decía, esta vez cumplió su deseo y logró asestar un buen golpe con su ejército, lo que aumentó nuestro parque y nuestra reputación ante el país, y el terror de los enemigos. Desarrolló su marcha con tino, rapidez y habilidad increíbles, y al día siguiente, 16, les cayó encima a mediodía. Sorprendió a la escolta del convoy, mató algunos soldados que quisieron defender el puesto; tomó prisioneros casi a todos los demás, y decomisó ciento y tantas cargas de municiones y pertrechos militares, y mandó que regresasen a sus casas las familias que el enemigo había forzado a emigrar. El teniente Suárez, ayudado por los vecinos patriotas de Acarí, favoreció en cuanto fue posible a esas familias, y regresó sin demora a Nasca con la rica y abundante presa que había arrebatado al enemigo.

El teniente coronel Rojas regresó el 19 a Ica con los trofeos de su triunfo, y ese mismo día el Regimiento de

Cazadores a Caballo con su coronel Necochea volvió al cuartel general de Pisco.

La división Arenales continuó su marcha para el interior el día 21 de octubre, dejando en Ica al teniente coronel Francisco Bermúdez como comandante militar; al capitán José Félix Aldao para que crease un escuadrón de caballería, y como gobernador político de la provincia, al alcalde de primer voto Juan José Salas, agraciándolo además con el título de teniente coronel de ejército, que el general San Martín confirmó inmediatamente.

La ruta de la división fue sobre la cordillera de Huancavelica, a donde el general había despachado con anticipación un itinerario de las jornadas, conducido por un comisionado patriota, activo y enérgico, con un pasaporte e instrucciones, en que se ordenaba a los alcaldes locales que en cada jornada de las demarcadas se reuniesen las reses y leña suficientes para la mantención de la tropa.

En honor de la justicia y del patriotismo de los habitantes de esa ruta, y de las demás que recorrió la división Arenales en esa época, me es satisfactorio declarar que no solo no tuvo el comisionado la necesidad de compeler a ninguno en este ramo, sino que, por el contrario, los indios, las indias y todos los habitantes venían a ofrecer espontáneamente sus vaquitas, ovejas, papas, queso y cuanto tenían para mantención de nuestros soldados. Además, hay que advertir que algunas de esas ofrendas y demostraciones, las traían a cuestras los habitantes desde muy largas distancias, saludando a nuestros soldados con las palabras de '*Patrianos*' y '*Patriarcas*', que sin duda creían sinónimos de patriotas.

Cuando nos acercábamos a pueblos grandes situados en partes elevadas a las que no era fácil llegar, se contentaban con saludarnos al paso desde la cumbre de sus elevados cerros, con sus canciones tradicionales en quichua, cantadas a coro por centenares de voces al son de sus flautas y tamboriles, que eran contestadas de nuestra parte batiendo al aire nuestros pañuelos.

Estas manifestaciones de los peruanos, que conocidamente eran producidas por la sinceridad de un sentimiento patriótico, entusiasmaban el ánimo de nuestros soldados, demostrándoles la grandeza del pensamiento de su general.

Atravesamos la cordillera de los Andes sin novedad que llamase la atención, y al aproximarnos a la ciudad de Huamanga, el general tuvo aviso de que el intendente de la provincia, Recabarren, con una compañía de infantería y algunos milicianos, se retiraba para el Cusco, llevando consigo los fondos de la tesorería y algunas otras cosas de valor. El general dispuso entonces que inmediatamente marchase el mayor Lavado con sus granaderos sobre el puente de Pampas a ver si lo batía y le quitaba el cargamento; mas cuando llegó, ya había pasado el río y cortado el puente, que es del sistema de puentes colgantes del tiempo de los incas, y son muy comunes en el Perú. Pero no regresó sin muestras de triunfo, pues trajo un oficial de artillería y unos cuantos soldados que había tomado prisioneros.

El día 31 de octubre hicimos nuestra entrada en la ciudad de Huamanga, y fue indudablemente más espléndida que la de Ica: la Municipalidad, los vecinos notables de la ciudad, y algunos miles de habitantes de todas las clases

de la sociedad, salieron a recibirnos a lo largo de más de 15 o 20 cuadras de los suburbios, al extremo de dificultar la marcha de la columna. Así que anduvimos algunas cuadras, encontramos a los señores de la Municipalidad con sus altas varas negras, símbolo de su autoridad, formados en línea; se acercaron al general dirigiéndole un discurso el principal de ellos, y haciendo la demostración de ofrecerle la llave de la ciudad. Pero nuestro general, con ese carácter estoico, adusto y de una rigidez inflexible, apenas les hizo una cortesía con la cabeza; e imperturbable continuó su marcha a la cabeza de la columna.

Mi batallón formaba la cabeza de la columna, y yo iba acompañando al jefe del cuerpo, por cuyo motivo me fue fácil presenciar este extraño episodio. Semejante acto de descortesía y falta de consideración a un pueblo entero que con sus magistrados a la cabeza y con las demostraciones mas evidentes de regocijo, salía a presentar el homenaje de respeto y aprecio que dedicaba a sus libertadores, nos ruborizó a todos y fue amargamente censurado por los jefes y oficiales de la división.

Un poco más adelante la columna hizo alto y se dio un corto descanso para sacudirnos el polvo y arreglar nuestros uniformes antes de entrar a la población. El teniente coronel Rojas, jefe del E. M.; los comandantes Aldunate y Deheza; el mayor Lavalle y muchos oficiales de los cuerpos corrimos a rodear a los municipales y la gran comitiva que los acompañaba, para abrazarlos con el cariño y entusiasmo que merecían sus demostraciones de patriotismo, y disculpar al general describiéndoles sin embozo las raras calidades de su genial excentricidad y rigidez, pero haciendo justicia a su valor, su rectitud y su

bonhomía, así como a sus relevantes servicios a la causa de la independencia americana.

Los señores del lugar, repuestos del desaire que habían recibido, con las satisfacciones y sinceros halagos que recibían de los jefes y oficiales, recuperaron su serenidad y continuaron con júbilo sus vivas al general San Martín, a los protectores de su libertad y a la causa de la independencia.

Entramos a la ciudad, y tanto la tropa cuanto los jefes y oficiales, fuimos perfectamente alojados: en la casa dispuesta para el general se encontró un gran banquete preparado para todos los jefes y oficiales de la división, que por estar ya todo listo aceptó el general, no sin hacer demostraciones de reprobación. Es el único caso que puedo yo citar en todo el tiempo que he servido a sus órdenes o estado a su inmediación, pues jamás aceptaba obsequio ni presente de ningún género, aun cuando fuese un ramo de flores o la cosa más insignificante. El general Arenales, sin dejar de tener un corazón bondadoso, generoso y noble, tenía el defecto de ser poco cortesano, urbano, amable. Era hombre de una pieza, severo, inflexible, ríspido, como no hemos tenido ningún otro jefe; y para que se forme juicio de la persona del general Arenales, séame permitido diseñar algunas de sus costumbres que se le vieron en esa campaña, que practicaba en público y sin la menor reserva.

En esa campaña no tenía más que un solo ordenanza que cuidaba de su caballo de batalla, su mula de marcha y su equipaje que estaba contenido en dos petacas y nada más. Él mismo, con sus propias manos ensillaba y desensillaba su mula, y no consentía que ningún otro se lo hiciera. Sabía herrar perfectamente, y por consiguiente, él herraba su caballo y sus mulas. En las marchas cargaba un

par de alforjas en su silla, en las que llevaba una servilleta con pan y queso; un cubierto, un jarro de plata, un pedazo de carne cocida o asada, y un poco de maíz tostado, que era su alimento favorito.

En los descansos que daba a la columna en las marchas, se apartaba un poco del camino, le quitaba la brida a su mula para que ramonease; bajaba sus alforjas y almorzaba o tomaba algo. Nunca invitaba a nadie para esta operación: y algunas veces que a mi batallón le tocaba por su turno ir a la cabeza de la columna, yo como abanderado iba siempre al lado de mi comandante Deheza, y no pocas ocasiones me llamó el general para brindarme con algo de su almuerzo, obsequio que ni su hijo, el teniente Florentino, que iba de su ayudante, le merecía, porque no comía con él. Pero dejando aparte toda reflexión, estas distinciones que el general me dispensaba, yo se las estimaba con aquella cordial sinceridad que me correspondía.

El general Arenales era tan escrupuloso en todos sus actos administrativos que fiscalizaba y mezquinaba los intereses públicos más que los suyos propios. Nos tenía por despilfarradores, y de consiguiente llevaba las economías hasta el punto que nos hacía desesperar. A la salida de lca ordenó que se racionase a las compañías con una res, como se hacía en la costa, disposición que nada tenía de particular, desde que en la costa todo el ganado es muy crecido, y una compañía de 80 o 90 plazas podía comer bien con una res. Pero en la sierra donde el ganado vacuno es significativamente más pequeño, no se podía hacer esa distribución, y mucho menos el día que nos daban carneros, que entregaban diez como equivalente de un novillo; por consecuencia, los partes que se daban por los sargentos

de las compañías a la hora de lista, resultaban escasas y en muchos casos se quedaban diez hombres sin ración, en otras doce, y en otras aún más, responsabilidad que, sin desconocerse el origen, recaía sobre el abanderado que recibía el ganado y toda clase de raciones.

En vano el comandante reclamaba al E. M. repetidas veces sobre la escasez de raciones. El general, con ese carácter inflexible que lo dominaba, siempre mantuvo ese sistema de raciones como invariable, acusando de despilfarradores a los oficiales que hacían las distribuciones; y sobre mí, como abanderado del batallón, recaían las reconvenciones, tanto del comandante como de los capitanes de compañía.

Por más que conociese la injusticia y procurase disculparme haciendo ver el origen, no se remediaba radicalmente el mal como correspondía. Cuando iba con la tropa a la carneada yo reclamaba a los repartidores, altercaba y constantemente tenía mis reyertas con ellos; pero viendo que nada adelantaba por esos medios, yo decidí arbitrariamente conseguir lo que por medios legales no había logrado alcanzar. Consistía en lo siguiente: los rebaños de ganado en el Perú, sea vacuno o lanar, son tan mansos y bien domesticados, que un indio solo, una india o un muchacho, los maneja no siendo muy numerosos; pero cuando se acerca una persona extraña, o un soldado en particular, el ganado lo desconoce por el traje o por el olfato, se asusta, se alborota, busca salir disparado y no hay muralla que lo contenga. Yo que había observado esto, me propuse sacar partido en favor de mi batallón: los abanderados del 2 y del 11 íbamos todos los días a recibir el ganado a cualquier hora que los comisionados hicieran el reparto; y en reserva instruí a los soldados

que llevaba para que después que nos entregasen el que correspondía al batallón, con algún pretexto hiciesen algo como para que se disparase el que quedaba en el corral, y de entre la confusión que resultase nos apoderábamos de una res o de algunos carneros más para que alcanzase la carne para todos.

Un día de esos, pues, cuando hacíamos la marcha por la cordillera, el general hizo adelantar a los abanderados a recibir el ganado antes que anocheciera. Cuando llegamos al corral, observé que las reses eran muy chicas, y calculé que ese día se nos iban a quedar algunos soldados sin ración. Y vi entre el ganado una vaca hermosa y gorda, y quise hacerla carnear antes que llegase el abanderado del núm. 2; pero los pastores que solo hablaban quechua, no me entendían lo que yo les hablaba en castellano, por cuyo motivo tomé yo un lazo de los que tenían los indios, armé la lazada, y al revolverlo para enlazar la vaca, el ganado se alborotó y atropelló la puerta del corral, y al sentir la vaca el lazo en las astas me acometió, y yo a duras penas pude escapar corriendo para saltar la pared del corral. Pero el general, que en ese momento llegaba al campo con la división y presencié la escena, montó en cólera y le gritaba a la vaca: *“Cógelo, cógelo vaquita, y mata a ese abanderado ladrón”*. Pero no sucedió así. Por fortuna, yo pude saltar la pared y la vaca siguió disparada hacia el resto del ganado.

Con este gracioso episodio me conquisté la paciencia de los compañeros y amigos, mas el general nunca se dio por entendido en ninguna de las veces que lo vi después, y aún más tarde. Pero continuaré la narración interrumpida por esta digresión.

Posesionados de la ciudad de Huamanga, capital del departamento del mismo nombre, el general recogió informes del estado y posiciones del enemigo, en el sur donde queda el Cusco, y al norte en el valle de Jauja.

Dispuso también que el pueblo jurase la independencia, ceremonia que se realizó con la mayor pompa y lucimiento, con misa de gracias, *Te Deum*, formación de nuestras tropas etc. Mientras el pueblo estaba engolfado en estas diversiones, el general mandó que un piquete de granaderos a caballo se adelantase a posesionarse del puente de Mayoc, que quedaba a nuestra retaguardia, punto indispensable para la continuación de las operaciones. Esta comisión le tocó ejecutarla al teniente Francisco Borja Moyano, que marchó con 15 granaderos y varios indios, entre ellos un alcalde muy patriota y baqueano de esos parajes. Se nombraron en seguida las autoridades que correspondían al nuevo orden establecido, quienes como en Ica se esmeraron en su atención y servicios a la división.

En la noche del 11 fuimos agradablemente sorprendidos con el parte del teniente Moyano, en el que decía que en la madrugada de ese día había tenido la fortuna de apoderarse del puente sin ser sentido; que sorprendió al centinela, dejándolo muerto de un pistoletazo; había tomado prisionera toda la guarnición, que se componía de un oficial y 25 hombres, con sus armas, municiones y caballos; y decía por conclusión que el oficial le había declarado, que el puente estaba minado artificialmente con minas cargadas de pólvora, y que él había sido puesto allí para darles fuego y hacerlo volar en cuanto se acercase cualquier fuerza nuestra. Informado él de estas circunstancias, marchó con toda la cautela y

precauciones, y que la buena estrella que guiaba nuestras armas había querido coadyuvar a su deseo, por lo que quedaba asegurado el camino que la división debía seguir. Burlados los planes del enemigo, la división se puso en marcha al otro día, y así pasó el puente, acampó en un pueblo distante como una legua del río. Allí recibió el general comunicaciones del general San Martín, que le prevenía que el Ejército se reembarcaba en Pisco para pasar al Callao, a ver si al presentarse en la bahía se efectuaba una conspiración que tenían organizada los patriotas de Lima, y de no efectuarse ocuparía la costa del norte para amagar la capital y de ese modo proteger nuestra división hasta que nos reincorporásemos.

El día 16 llegamos al pueblo de Pampas, población tan grande como la de Huanta, y muy bien situada en un hermoso campo circunvalado de cerros. Al siguiente día el general hizo saber a la división que el gobernador intendente de Huancavelica se retiraba por el valle de Jauja hacia Lima, con una división de tropas, llevándose los caudales de la tesorería y una grande emigración de familias de españoles empleados y comerciantes. Dijo que se escaparía sin que la división le hiciese sentir el peso de sus armas y su valor, por cuanto la infantería no podía forzar sus marchas hasta alcanzarlo; y que siendo la caballería la única que podía cuidarle la retaguardia, cuando una parte de esta andaba en otra comisión, invitaba a los oficiales de los cuerpos que se considerasen bien montados para reforzar a los 40 granaderos del mayor Lavalle y acometer esa importante operación.

Esta invitación fue bien acogida, pues se presentaron quince al Estado Mayor, siendo yo uno de ellos que fui

con el consentimiento y licencia de mi comandante. En el E. M. se nos ordenó presentarnos al mayor Lavalle, quien inmediatamente que nos incorporamos nos hizo formar la primera mitad, poniéndose en marcha acto continuo sobre Huancayo.

Desde que descendimos de los cerros que dominan la posición de Pampas, y bajamos al valle de Huancayo, valle que está tapizado por decirlo así, de numerosos pueblos de indios a muy cortas distancias uno de otro, cambió completamente la escena para nosotros: el país era abierto, llano y fértil, y el camino, por supuesto, menos fragoso que el que habíamos dejado atrás.

Anduvimos ocho leguas a pesar de que interrumpían nuestra marcha grandes masas de hombres y mujeres con banderas, arcos triunfales improvisados de ramas verdes y flores; danzas que bailaban a su modo y cantaban canciones con tamboriles y flautas, obsequiándonos con cántaros de chicha, flores, licores, dulces y cuanto tenían de más agradable, vitoreando a sus libertadores. Todo les fue admitido con efusiones de aprecio y agradecimiento, menos los licores.

Pero nada era tan encantador como unas danzas que en uno de esos pueblos salieron a nuestro encuentro, compuestas por las más bonitas y graciosas doncellas, destacando las pallas del Inca. Su porte modesto, su gracioso candor; pero sobre todo, el modo de expresar por medio del llanto sus íntimas emociones de placer o de dolor, eran demostradas con la sencillez y naturalidad de su peculiar carácter. Pocas veces he presenciado una escena más conmovedora. Nuestros soldados henchidos de satisfacción y de ternura, sin interrumpir su marcha, le

manifestaban su gratitud y su entusiasmo, repitiéndoles que habían resuelto sacrificar sus vidas por venir a liberarlos de la esclavitud y de la opresión.

Entre esta sucesión de demostraciones entramos a Huancayo, cuyo vecindario en masa, con el mayor entusiasmo, pretendía detenernos para obsequiarnos. Fue necesario un grande esfuerzo de parte del mayor Lavalle, para convencer a los municipales y vecinos notables que salieron a recibirnos, de lo inconveniente de cualquier demora y la necesidad urgente de alcanzar al enemigo, ofreciéndoles que, si éramos felices en el combate, a la vuelta aceptaríamos sus agasajos. No insistieron en su pretensión y nos dejaron pasar.

Luego que nos alejamos un poco de Huancayo, el mayor Lavalle habló al escuadrón haciéndole presente que bastaría para dejar contentos a otros pueblos o comitivas que saliesen a nuestro encuentro, tratarlos con afabilidad y cariño, sin detenerse, pues siendo la misión que llevábamos de preferencia para el honor de las armas del ejército, era impropio faltar a ese deber por atender a demostraciones de un orden secundario; que a la vuelta, y si teníamos la fortuna de reportar algunas ventajas sobre el enemigo, tendríamos un nuevo título ante esos mismos pueblos, y sobrado tiempo para los regocijos.

Después de esta persuasión marchamos con alguna más celeridad, recogiendo al paso los vítores y testimonios de adhesión y patriotismo con que nos saludaban los infinitos pueblos de que está tachonado aquel gran valle, y solo en la Villa de Concepción nos detuvimos un poco, para cambiar unos cuantos caballos que se habían rendido por la larga y forzada marcha que habíamos hecho. Concluida

esta operación continuamos nuestro camino, y todos los habitantes salieron acompañarnos hasta el puente del río, puente que poco tiempo después defendió heroicamente el bello sexo de Concepción, hecho que refiere Arenales en sus memorias con el más cumplido elogio y exactitud.

Continuamos nuestra marcha, y un poco más adelante del puente fue preciso ir con otra clase de precauciones, por cuanto, según las noticias recogidas, debía hallarse no muy distante el enemigo. Una de las precauciones fue que el teniente Villarreal del N.º 11 de los Andes, y yo marchásemos a la vanguardia de descubridores, a una o dos cuabras del escuadrón; y como media hora después fue reforzada la descubierta con los oficiales Navarrete y Vázquez del N.º 2 de Chile, con la idea que, cuando uno llevase el parte de cualquiera novedad que ocurriera, la descubierta no quedase débil.

Al acercarnos a un pueblo situado a la ribera del camino que llevábamos, vimos a un soldado español que salía a galope del pueblo, lo perseguimos, y Vázquez que iba más bien montado que nosotros, lo alcanzó y le intimó rendición; pero el español no quiso rendirse, y lejos de eso, diciéndole una porción de insultos y groserías, sacó una pistola y le disparó un tiro, que no acertó. Vázquez se le fue encima y de un sablazo lo derribó al suelo herido. En eso llegamos nosotros, y el prisionero declaró que como a dos o tres cuabras de ahí había una avanzada de doce hombres con un oficial. Le amarramos los brazos a la espalda, asegurándolo bien; lo dejamos tendido en el suelo y marchamos a galope a ver si sorprendíamos la avanzada. En efecto, la encontramos en el bajío de un río seco, ensillando sus caballos, pero nos fuimos encima sin

darle lugar a nada, y todos fueron tomados prisioneros sin matar ni herir a nadie, escapando tan solo un cabo que montaba un buen caballo, al cual no pudo alcanzar el teniente Villarreal que lo corrió hasta las orillas del pueblo de Jauja. A los prisioneros los hicimos tender de boca al suelo, les amarramos los brazos a la espalda y los conservamos así haciéndoles la centinela, hasta que llegó el mayor Lavalle que dispuso de ellos.

Empezaba a oscurecer la noche cuando llegó el escuadrón de nosotros estábamos, y el mayor se puso a interrogar al oficial prisionero acerca de la división enemiga; la fuerza de que constaba; el número de cada arma; el plan de sus operaciones y marchas, y cuanto más convenia a nuestra situación; y dispuso que a los prisioneros se les ensartase un lazo por el brazo derecho, echando a cada uno una lazada, y que los condujese un cabo con dos soldados a retaguardia del escuadrón, llevándolos a pie hasta la villa de Jauja que estaba a pocas cuadras. Hizo cambiar a algunos granaderos los mejores caballos que dejaban los prisioneros, y los restantes que se llevasen acollarados. Formó el escuadrón a son de combate, colocando a la cabeza los oficiales agregados por filas de a cuatro, poniendo a la derecha al capitán del N.º 11 Nicolás Medina, salteño¹, y a la izquierda al teniente Florentino Arenales, hijo y ayudante de campo del general de la división. En este orden marchó al trote el escuadrón, y al acercarnos a la población salió un patriota a gran

1 Este oficial es el mismo que en marzo de 1829, siendo ya coronel graduado y jefe del Regimiento N.º 4 de Caballería del Ejército Nacional, murió en el combate de las Biscacheras, frontera sur de Buenos Aires, donde también murió el coronel Federico Rauch, el 28 de marzo. (G. E.)

galope a encontrarnos. Habló con el mayor y le dijo que los enemigos acababan de abandonar la plaza sabedores de nuestra aproximación, que tomaron la dirección a Tarma y que debían ir muy cerca todavía.

Llegamos a la plaza, y en el acto se abrió la puerta de calle de una gran casa que se hacía notable en uno de sus frentes, de donde salió un caballero montado en un hermoso caballo, el cual se presentó al mayor Lavalle ofreciéndole con las mas positivas muestras de entusiasmo y enternecimiento, sus servicios, su persona y sus intereses en favor de la Patria, añadiendo que dentro de pocos minutos se le reunirían ocho o diez hombres más, bien montados, armados y municionados a su costa, que había estado preparando desde que tuvo noticia que se acercaban las tropas libertadoras, todos resueltos como él a sacrificar su vida en defensa de la Patria. El mayor entregó a este sujeto los prisioneros que traíamos, encargándole bajo responsabilidad su conservación y custodia en el cuartel, en la cárcel o en alguna casa segura hasta nuestra vuelta.

Se arregló de nuevo el escuadrón; se mandó una descubierta de ocho granaderos con un oficial a la vanguardia; se nos dio la contraseña de '*San Martín*' para conocernos recíprocamente en cualquier caso de confusión o entrevero con los enemigos en el ataque que íbamos a hacerles; y nos pusimos en marcha guiados por varios patriotas jaujinos que se empeñaron en acompañarnos.

Serían las 8 y media o 9 de la noche del día 20 de noviembre que nos pusimos en marcha alumbrados por la claridad de una hermosa luna, que en la elevación de esas encumbradas sierras, sin duda la atmósfera es más pura y diáfana; llevando al mayor Lavalle a la cabeza.

No habíamos andado una hora cuando descubrimos el grupo de la columna enemiga que empezaba a subir la cuesta, y el mayor mandó *al trote*; y así que nos pusimos casi encima. Se dejó oír la tremenda voz de ‘a la carga’, que resonó en las concavidades y quebradas de aquellos cerros; pero el camino era estrecho y no permitía que el escuadrón se desplegara en batalla, lo que dio lugar a que los oficiales agregados tomásemos las sendas de la derecha e izquierda, ya para echarnos sobre el enemigo, ya para ponernos a la par de nuestro jefe que era el primero a la cabeza. Sorprendimos a la columna enemiga en el orden de marcha, y aunque su jefe dio la voz de desplegarse en batalla con frente a retaguardia para recibir la carga, ya era tarde, y estábamos encima acuchillándolos. Todo en fue ellos desorden y confusión y no atinaban a nada. En eso mi caballo rodó entre unas piedras, y arrojándome por la cabeza caí entre los infantes enemigos, a los que nuestra descubierta y oficiales sableaban sin piedad. Corrí un gran riesgo en aquel trance extraordinario, algunos se acercaron a mí confundiéndome con los enemigos al verme pie a tierra, pero les daba la contraseña ‘*San Martín*’, me reconocían y pasaban. Yo estaba empeñado en hacer levantar mi caballo para montar y seguir, cuando en esto se me vino encima uno de los granaderos que venían más a retaguardia, y suponiéndome enemigo me cargó de firme a tajos y estocadas. Yo le daba y repetía la contraseña haciéndole quites y defendiéndome alrededor de mi caballo, y quizá hubiera sido víctima de este soldado enfurecido, pero por casualidad había oído mis voces el mayor Lavalle, quien se acercó al paraje de la escena a saber qué era, y reconociéndome a mí y al soldado Maruña le dio un grito

mandándole que se fuera a la formación. Solo así me vi libre de aquella fiera.

Después, hablando de este episodio con el teniente Vicente Suárez, me dijo que el soldado Maruña era natural del Paraguay y uno de los fundadores del regimiento de Granaderos en 1812 en Buenos Aires; que este soldado era tan honrado como valiente, pero tan feroz y de una pujanza tan grande, que en un combate lograba dar un sablazo a su gusto, y era seguro que al enemigo le partía la cabeza con morrión y todo como si fuera una sandía; que esto lo sabían en el regimiento por experiencia, porque así lo habían visto ejecutar en Chacabuco, en Maipo y en cuanto combate se había encontrado, por lo que me había librado de una muerte tan segura como atroz.

Pero, en fin, sigamos: mi caballo en su caída se había estropeado tanto entre las piedras que se había pelado desde el hocico hasta la frente; le chorreaba la sangre y estaba inservible; pero uno de los patriotas jaujinos me facilitó el suyo, lo ensillé y marché a incorporarme a los perseguidores. El enemigo huía en derrota a ganar la cima de la cuesta, y nuestro escuadrón lo arreaba, porque los caracoles del camino no presentaban terreno para desplegar. De no haber sido por esa circunstancia los estragos hubieran sido mayores. Sobre la marcha íbamos reflexionando, que si por alguna circunstancia nos hubiéramos retardado diez minutos y el enemigo se hubiera posicionado de la costa, o se nos escapaba dejándonos burlados, o forzaba esa fuerte posición, cuántas desgracias hubiésemos sufrido. Pero en fin, llegamos a la cumbre y tomamos dos cañones, varias cargas de municiones y algunos prisioneros de tropa, entre ellos cuatro oficiales,

siendo uno de estos el teniente Pedro Bermúdez, peruano, que tomó después servicio en los cuerpos que se formaron, ascendió hasta la clase de general y como quince años más tarde llegó a ser Presidente de la República.

La división enemiga se componía de un batallón de infantería, un escuadrón de caballería y algunos piquetes rezagados de otros cuerpos que habían recogido en su marcha desde Huancavelica hasta Jauja. Todos ellos formaban una masa de más de 650 hombres, que siguió su precipitada fuga hacia Tarma con su jefe, el intendente de Huancavelica, José Montenegro, protegida por la oscuridad de la noche pero dejando en el campo más de 40 muertos. No sin asombro vimos después que el boletín del ejército hablaba de solamente 8, quién sabe si por error de imprenta, por negligencia o intento del escribiente del general Arenales, o por cualquier otro motivo que ninguno de nosotros se propuso después averiguar.

Pero sea ello lo que fuere, el escuadrón llegó a la cima de la cuesta y se suspendió la persecución, ya porque los enemigos debían estar muy distantes pues no se sentía el menor rumor, ya porque no era prudente continuarla en la oscuridad de la noche, pues bien podíamos caer en alguna emboscada y sufrir un contraste que empañara el triunfo alcanzado. Además, la mayor parte de los caballos estaba muy rendida por la marcha forzada del día, por la fatiga y el trabajo de esa noche; y lo peor de todo, por estar muy mal comidos.

Se tocó reunión, se pasó lista después de un rato y solo se echó de menos a un oficial, que siendo conocida de todos nosotros la causa de su ausencia, esperábamos que no pasaría mucho tiempo sin que se nos reuniera, como en

efecto así ocurrió. En aquel suceso no tuvimos por nuestra parte ningún herido ni más novedad que los muertos del enemigo y la caída de mi caballo en que se peló la cabeza, y en estos mismos términos el mayor pasó el parte por escrito al general.

Reunidos los oficiales en torno del mayor mientras descansaban un poco los caballos, la conversación se redujo a referir cada uno algún episodio de los que son tan comunes en casos semejantes, y habiendo relatado yo a mi turno, que había visto con horror a un granadero degollar contra sus piernas a un soldado enemigo, el mayor nos dijo: “Ese es un bandido paraguayo que tiene esa maldita costumbre con todo enemigo que cae en sus manos en los combates. No hemos podido quitarle ese vicio feroz, por más esfuerzos y aun castigos que le hemos impuesto. Es preciso matarlo o dejarlo. Ese es el mismo que persiguió a usted por equivocación -dijo dirigiéndose a mí-. Por lo demás, es un excelente soldado.”

Como la cumbre de la cuesta era un cerro pelado que no tenía pasto ni cosa que pudiesen ramonear los caballos, el mayor Lavalle se informó por los jaujinos que nos acompañaban, que como a media legua había un molino que tenía un potrero que quizá tendría alfalfa; en esta virtud, se dejó una avanzada al mando de un oficial con las instrucciones convenientes, y el resto del escuadrón se dirigió allá.

Al acercarnos sentimos bulla y tropel de caballos, por lo cual se destacaron dos partidas por derecha e izquierda, siguiendo nosotros por el frente. Cuando llegamos, vimos que era una partida de cinco soldados con un sargento que conducía a Tarma catorce cargas de equipaje del intendente

Montenegro, de su familia y de algunos jefes y oficiales de su división, y todos quedaron prisioneros.

Al descubrir que el potrerillo estaba completamente talado, el mayor dispuso regresar con el escuadrón inmediatamente a Jauja, a ocupar el cuartel que había dejado el enemigo con abundante forraje acoplado, dejando a los prisioneros y equipajes tomados a cargo del teniente Navarrete con una pequeña partida, para ser conducidos al siguiente día.

Cuando llegamos a Jauja, lo primero que se hizo fue repartir forraje a los caballos que hacía muchas horas que no comían. Al salir el sol el mayor me ordenó que me aprontase para llevar el parte al general Arenales; pero habiéndole hecho presente que me tenían muy aquejado las contusiones que la noche anterior había sufrido cuando rodó mi caballo en el acto del combate, me eximió de esa comisión y me dijo que me retirara, que nombraría a otro.

En efecto, la elección recayó en D. F. A., el mismo oficial que habíamos echado de menos cuando dimos la carga en la cuesta la noche anterior. Marchó este oficial con el parte hasta encontrar la división que continuaba su marcha, y deseoso el general de conocer algunos pormenores que no se le referían, siguió haciéndole varias preguntas, y el oficial, con una ligereza indiscreta, no solo le refirió lo que pudo ver y aun lo que no vio ni sucedió, sino que, según nos informaron después algunos compañeros que presenciaron el lance, le había agregado, que por haber sido poco activas las marchas y la persecución, se había dejado escapar al intendente Montenegro y sus tropas, con otros agregados de su cabeza altamente ofensivos a la reputación bien adquirida del mayor Lavalle. Esto

excitó naturalmente las susceptibilidades del general, y no pasaron muchas horas sin que ocurriese una escena que pudo ser de graves y muy funestas consecuencias, de la cual nosotros fuimos mudos espectadores.

La misma noche del 21 llegó a Jauja la división, y pocos momentos después el mayor Lavalle reunió a todos los oficiales que lo habíamos acompañado, para ir a saludar al general que ya estaba instalado en una casa. Entramos y lo encontramos acompañado del jefe de Estado Mayor Rojas y los comandantes Aldunate y Deheza. Nos recibió de pie, como era su costumbre hasta con el más infeliz, pero su cara y su mirada tenían algo de notable que llamó nuestra atención. Sin esperar que el mayor pronunciase una palabra, le dijo con toda la severidad de su carácter: “*Usted, señor capitán, no ha cumplido con su deber*”.

Estas palabras fueron como un golpe eléctrico que se reflejó en el rostro del increpado, que mostró a todos la impresión que le habían producido, ya que más que un cargo parecían una provocación, que Lavalle jamás eludía por más alta que fuese la categoría de quien se la hiciera. Él respondió dando un paso adelante, agarró al general por la sangría de un brazo y sacudiéndolo le dijo, con la cólera pintada en el semblante: “*Señor general, es una impostura que yo he de vengar con sangre.*” Visto esto por el comandante Aldunate, amigo íntimo de Lavalle, se lanzó sobre él y lo separó. Los demás jefes hicieron otro tanto con el general, pero este dio gritos repetidos a su guardia, que por las palabras entrecortadas que se percibían entre el bullicio comprendimos que pensó en aquel momento cometer una tropelía. Felizmente la tormenta se apaciguó, dando por resultado el arresto de Lavalle en su alojamiento,

y la orden de seguirle un sumario, que concluyó antes de veinticuatro horas. Se presentaron catorce declaraciones de los oficiales que lo habíamos acompañado. Todos expusimos uniformemente el orden de las marchas que el escuadrón había hecho; las medidas de previsión y cautela con que atravesamos los pueblos durante nuestro tránsito; los espías que el mayor había despachado sobre el enemigo, y las diferentes precauciones; en fin, todas las medidas tomadas para cruzar aquellas quebradas y terrenos desconocidos hasta la hora del ataque. Todo fue visto y bien meditado por el general, que usó la grandeza de confesar el error a que se le había inducido. Mandó poner a Lavalle en libertad, dándole una completa satisfacción por la orden general² y haciendo pedazos la sumaria delante de todos los jefes que habían presenciado el pasaje.

Corridos algunos días llegamos a averiguar que el chismoso había fundado su enredo en que las marchas que había hecho el escuadrón desde que se desprendió de la división en Huanta no habían sido tan rápidas como habría convenido para llegar a Jauja más temprano y realizar el ataque en claro día. Dio por motivo el haberse detenido a

2 Alrededor de ocho meses después de este acaecimiento, sucedió otro muy semejante en la segunda campaña a la Sierra en 1821. Ese mismo oficial indispuso al teniente coronel Blas Cerdeña (después Gran Mariscal del Perú) ante el general Arenales, por cuya causa hubieron altercados, reconvenciones y hasta insultos de parte a parte, llegando hasta el grado de que el primero desenvainó el sable, y en actitud ya de tirar una estocada al general, llegó por casualidad el coronel Rudecindo Alvarado, quien los apartó y desarmó a Cerdeña. Pasado ese primer impulso y con la interposición del general Alvarado, se hizo una breve indagación del hecho; se descubrió la maldad del oficial, y el general Arenales después de satisfacer cumplidamente a Cerdeña, lo llevó a su lado como su primer ayudante de campo. Desde entonces, Cerdeña fue el más íntimo y leal amigo que tuvo el general Arenales, y el único que hasta el último momento lo acompañó en 1823, cuando dimitió el mando del ejército del Perú con motivo de la revolución de Riva Agüero, y dejó aquel país para regresar a Salta. Pero el calumniador, en la segunda como en la primera vez, quedó impune.

recibir las ovaciones con que el vecindario y comunidades de indios de los pueblos del tránsito saludaban a sus libertadores, y otros chismes por el estilo, despreciables por su objeto y fundamentos. Pero como todos estos puntos fueron plenamente esclarecidos en la sumaria, la oficialidad de la división quedó convencida de la mala índole del calumniador, a la vez que del satisfactorio comportamiento del mayor Lavalle, mucho más cuando así lo había declarado el general en la orden del día.

Al siguiente día, 22 de noviembre, se preparó otra ligera columna a órdenes del teniente coronel Rojas, jefe del Estado Mayor, compuesta del batallón N.º 2 de Chile y el escuadroncito de Granaderos a caballo, con el objeto de que fuese a tomar posesión de la villa de Tarma que distaba a ocho leguas.

Por la tarde se puso en marcha con el designio de hacer su jornada en la noche, y lo consiguió, en efecto, pues sorprendió en la madrugada del 23 los restos de la división Montenegro, a los que tomó prisionero incluyendo al mismo intendente, algunos oficiales y tropa de los escapados de la cuesta de Jauja; 6 piezas de artillería, 50,000 cartuchos de bala y gran número de armamento y otros pertrechos. Así concluyó esa división realista, que venía huyendo de nosotros desde Huancavelica.

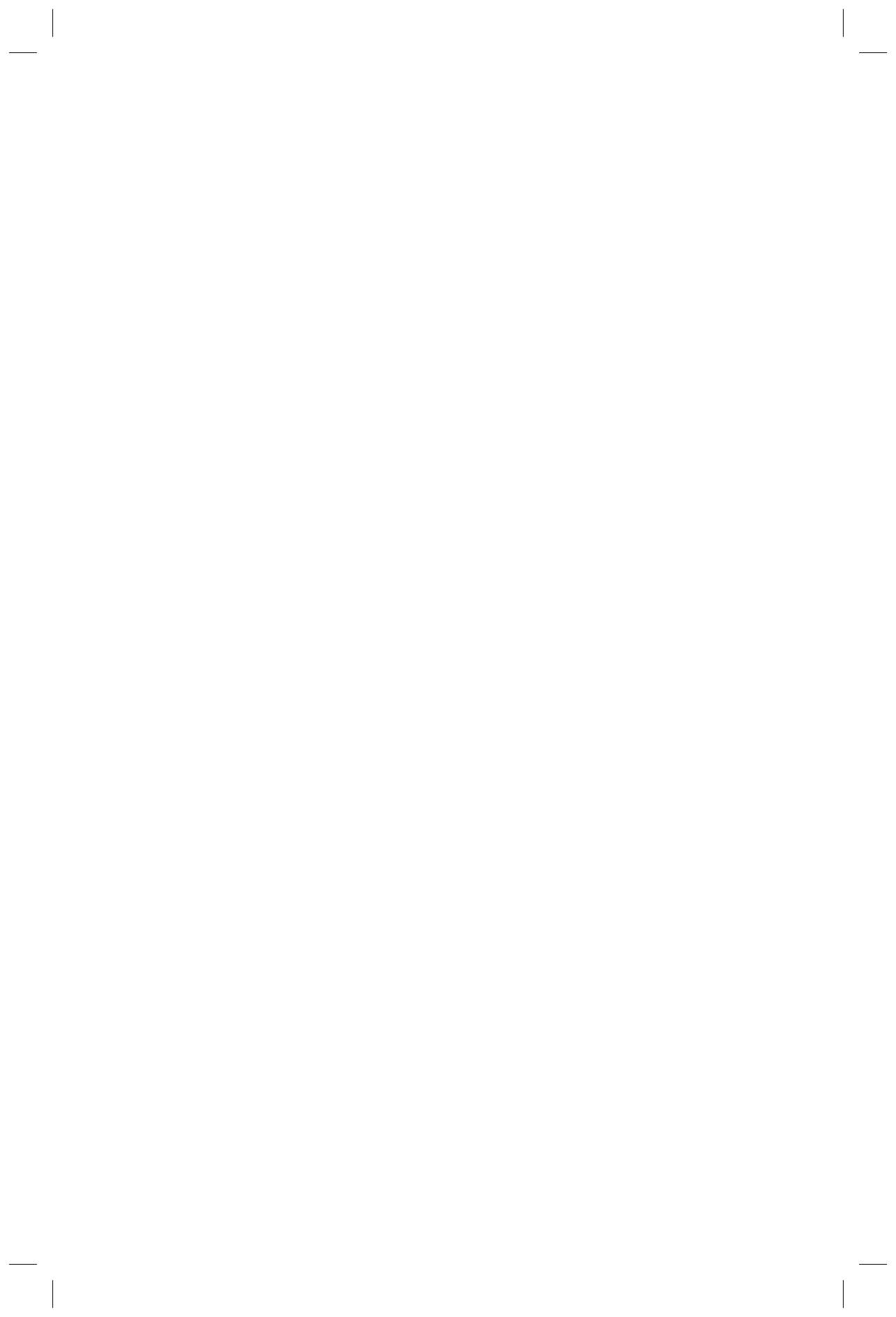
Tres o cuatro días después llegó a Tarma el general Arenales con el batallón N.º 11, la artillería y el parque, y sus habitantes encabezados por el patriota argentino Francisco de Paula Otero (natural de Jujuy, y más tarde general del Perú). Deseosos de manifestar su decidida adhesión a la causa de la libertad e independencia, solicitaron acreditarla bajo un juramento público como lo había hecho la ciudad

de Ica. El general, persuadido de la utilidad y conveniencia de tal demostración, cuando además así se lo prescribía el general San Martín en sus instrucciones, accedió al pedido y acordó el modo y forma de realizar la ceremonia.

Al amanecer del día señalado se vio la población adornada de colgaduras, arcos y banderas, y los cuerpos de la división formados de parada en la circunferencia de la plaza, para solemnizar con salvas de fusil y artillería el acto del juramento. En el centro de la plaza se había elevado un tablado con un altar de la Patria que rodeaba el vecindario y un inmenso gentío, ante el cual el general Arenales recibió los votos de los empleados civiles, militares y eclesiásticos, y en masa el pueblo de la provincia pronunciaba en altas voces su juramento con el más ardiente y decidido entusiasmo. A esto siguieron los más festivos vítores y aclamaciones a la libertad complementándose el acto con una misa y solemne *Te Deum* que se celebró en la iglesia matriz, en acción de gracias al Todopoderoso por la protección que había dispensado al Ejército Libertador en aquella grandiosa empresa, y al pueblo peruano que a su sombra iba conquistando su emancipación del poder despótico de España.

Las fiestas y los regocijos populares continuaron en los días siguientes, pero el general solo pensaba en los objetivos de su misión, por lo cual, remontada que fue la caballería con caballos que oblaron los patriotas tarmeños; repuesto el armamento de los cuerpos que se había inutilizado en las luchas, y aumentado nuestro parque con el abundante material tomado al enemigo, la división continuó su marcha el día 2 de diciembre. Antes de dirigirnos hacia las minas de Pasco, o de Yauricocha

como era su nombre verdadero, dejó como gobernador intendente de los pueblos de Tarma, Jauja, Concepción y Huancayo al benemérito patriota Francisco de Paula Otero, a quien el general expidió el título de coronel, y le encargó especialmente el arreglo y organización de los cuerpos de milicias de esos mismos pueblos, tanto para apoyar la fuerza que había creado en Ica el comandante Bermúdez, cuanto para proteger la retaguardia de nuestra división.



Batalla de Pasco

El día 5 de diciembre, cerca del mediodía, llegamos a la villa de Pasco, pueblo que queda al sur de las minas a tres leguas, pero con una alta y áspera serranía de por medio. Por los espías se tenían positivas noticias de que el general O'Reilly no se había movido con la división de tropas que el virrey de Lima había destacado para sostener la posesión del mineral. Esto significaba que a toda costa se trataba de impedirnos el paso a reunirnos con el general San Martín y el grueso de nuestro ejército, que conforme al plan de operaciones ya debía hallarse en las costas del norte de Lima. Si para realizar esta maniobra era preciso hacernos paso librando combate, también era indispensable conocer el terreno que teníamos que atravesar, por si en la noche el enemigo avanzase a tomar alguna posición ventajosa de tantas en que abundan aquellos lugares quebrados, con el intento de sorprendernos sobre la marcha. En este concepto, el general se propuso practicar en persona un prolijo reconocimiento, y luego de acampada la división, marchó acompañado del jefe del Estado Mayor, Rojas, del ingeniero capitán Althaus

y del mayor Lavalle con su escuadroncito de Granaderos. Regresó al anochecer después de haber visto y examinado el terreno y posiciones adyacentes, y de haberse cerciorado por sus propios ojos de que el enemigo permanecía en la población del mineral.

Esa noche sobrevino una fuerte tempestad con truenos, relámpagos y lluvia, que, como generalmente sucede en aquellas elevadas regiones, a poco andar se convirtió en una gran nevada. Al amanecer del día 6, nuestra división se puso en marcha preparada para el combate, resolución que hasta la misma naturaleza parecía prestarle su protección, pues la nevada fue disminuyendo a medida que avanzaba el día, hasta que por fin se disiparon completamente los nublados y asomó el sol.

El general Arenales, a mérito del reconocimiento que había practicado la tarde anterior, calculaba, y con razón, que el enemigo se aprovecharía de la posición inexpugnable que ofrecía la alta cuesta que el mineral tiene por la parte sur suponía que no solo le favorecería el engargantado paso de la cuesta por su posición dominante, sino que, abrazando con sus fuegos desde la altura a nuestros soldados, le valiese quizá el triunfo, pues podía aniquilarnos a mansalva, parapetado en los crestones y peñascos de que es erizada la montaña. Suponía, en fin, que entre tantas ventajas que le ofrecían aquellas localidades, aprovechase la principal de dejar fuera de combate, y sin medio de evitarlo, a nuestra caballería, que había sido su terror, desde que su intrepidez y movilidad tantos estragos, tantas y tan continuadas derrotas le había causado en toda la campaña hasta aquel momento. Pero no fue así.

Contra los cálculos de nuestro general, contra las reglas de la estrategia y contra la pericia que habíamos visto desplegar a otros jefes y oficiales realistas en aquella corta campaña, vimos que la cosa no era como nos figurábamos. Vimos que el general O'Reilly había desechado tan positivas ventajas. Y en cambio vimos también que estaba resuelto a jugar el éxito de la campaña en un combate. Esto significaba su permanencia en Pasco.

El general Arenales, por su parte, convencido de que, si las fuerzas españolas habían hecho pie en aquel punto, era con la decisión de resolver el problema y no le quedaba otra alternativa que aceptar el reto. Con ese concepto combinó sus maniobras tomando siempre la iniciativa. En consecuencia, dividió la fuerza en el siguiente orden:

El batallón N.º 2, con una fuerza como de 340 plazas en masa, formaría nuestra ala derecha al mando de su comandante Santiago Aldunate, y estaba destinado a flanquear la izquierda enemiga aprovechándose de las alturas, maniobra importante que debía efectuarse a toda costa y con la mayor rapidez, pues la línea enemiga establecida diagonalmente del sudoeste al nordeste, dejaba por consecuencia esta ala más retirada hacia su retaguardia, y lográndose el golpe, era seguro introducirle la confusión por la espalda.

El batallón N.º 11 (al que yo pertenecía) con casi otras 340 plazas en masa también, con las dos piezas de artillería, formaría el ala izquierda, al mando del sargento mayor Román Antonio Deheza. Este cuerpo debía marchar de frente por el camino real, y como más veterano y aguerrido en las campañas de Chile, además de diestro en el ataque y escalamiento de posiciones fortificadas, como lo había

acreditado en el asalto de la plaza de Talcahuano, estaba encargado de hacer su ataque al foso en que se parapetaba la derecha enemiga, punto culminante de su línea, de se calculaba que hubiese situado su mayor y mejor fuerza.

La columna de reserva se formó de cuatro mitades del N.º 11 y otras cuatro del N.º 2, debiendo ocupar el centro de las dos anteriores, al mando del jefe de Estado Mayor, el teniente coronel Manuel Rojas, y el escuadrón de caballería a las órdenes del capitán con grado de sargento mayor Juan Lavalle. La reserva tenía orden de marchar siempre al centro de las dos alas, como a una o dos cuabras en la retaguardia, observando sus movimientos para prestar protección a cualquiera de ellas en todo evento.

Dispuesta de este modo nuestra marcha y desplegadas las respectivas guerrillas a vanguardia de cada columna de infantería, rompimos el movimiento a las 10 de la mañana cada cual en su dirección.

A poco andar empezamos a repechar las escabrosas faldas de la cuesta, cuyo cordón se prolonga de oriente a poniente por más de una legua enferma de anfiteatro muy inclinado. La marcha se hacía con cautela y en previsión de alguna celada, pues de trecho en trecho íbamos descubriendo crestos, piedras, cortaduras y posiciones cada cual más ventajosa, propias para disputárselas al enemigo más osado y valiente que se atreviese a acometerlas.

Nuestra admiración crecía a cada paso, viendo las ventajas de la localidad que el enemigo había desechado, y meditábamos de qué clase podrían ser las que había preferido. Nuestros soldados, con esa lógica inflexible del tablado, todo lo atribuían a cobardía del

enemigo y a que buscaba en los pueblos paredes en que parapetarse, y rebosaban en ardimiento y entusiasmo; deseaban descubrirlo ya, írsele encima y hacerle sentir el poder de las armas que habían conquistado la libertad del suelo chileno.

Hacíamos la marcha con todas las precauciones de práctica, esperando de un momento a otro principiar la función de aquel día, con las descubiertas a batidores con que imaginábamos tropezar, tras la serie no interrumpida de pedrones y picachos de que está salpicada aquella serranía. Pero no encontramos a nadie, el campo estaba solitario, no se descubría ni un soldado realista, ni un centinela perdido como para llevar a su general la noticia de nuestra aproximación o movimientos. Todo el espacio que íbamos atravesando era un desierto. Así continuamos por largo tiempo, hasta que por fin llegamos al boquete que forma el camino de la cumbre, en donde nuestra descubierta percibió una pequeña avanzada que, al avistar nuestros exploradores se puso en retirada algo más que veloz, cediéndoles el puesto sin disparar un tiro.

Parece que, desde que habíamos salido de Chile, todo lo que se presentaba a nuestra vista estaba destinado a hacernos una impresión de novedad; y bajo este concepto, desde que pisamos el suelo peruano, cuanto veíamos nos causaba esa impresión.

La estructura de las poblaciones, el aspecto de los campos, las costumbres de sus habitantes, las efusiones de adhesión y entusiasmo con que éramos recibidos por los vecinos de los pueblos; el idioma, las palabras mismas de cariño que nos dirigían; todo, todo era nuevo para nosotros, y muy distinto de los usos argentinos y chilenos.

Esta singularidad, estas particularidades, tan diversas en todas las latitudes de América, no podían faltar en aquel momento, al exhibirse a nuestra vista el afamado mineral de Pasco. Nuestra columna estaba tomando posesión del portezuelo de la cumbre, cuando vimos aparecer al N.º 2 a nuestra derecha coronando la cima de la serranía, conforme a la combinación ordenada por el general. Nuestra posición dominaba toda la comarca, y desde ella se veía a nuestros pies perfectamente todo el terreno, circunvalado por un cordón de altos cerros.

Vimos una población de aspecto triste como en un pozo, al centro de una superficie muy desigual, en medio de dos lagunas, cuyas aguas eran de color verde. No se veían torres, templos, edificios ni otras obras que demostraran exteriormente la gran opulencia que en los pueblos que habíamos dejado atrás nos hacía suponer que producía la tierra. Tenía el aspecto de un miserable pueblo de indios, sin arreglo de calles ni cuadratura de manzanas; todo el terreno estaba sembrado de bocas-minas. La entrada al pueblo por el camino del sur, que era el que llevaba nuestra división, estaba defendida por una estrechura engargantada, del lado del naciente por una de las lagunas; y del poniente por una ciénaga o pantano grande, cortada por un zanjón ancho y profundo que desagua en la laguna. En este se sabía que había tenido un puente de arquería de piedra, pero se echaba de ver que lo habían deshecho para hacer más inaccesible el paso. Este era el golpe de vista del campo que dominaba el enemigo. Pero, ¿dónde estaban las tropas que no se presentaban a nuestra vista? Hasta en esto hubo su singularidad.

El general enemigo, pensando quizá causar una fuerte impresión en el ánimo de nuestros soldados, después que

vio asomar nuestras masas en el perfil de la altura, hizo salir sus batallones a tambor batiente de los cuarteles, y tomar sus posiciones a nuestra vista. Y no se crea que lo hicieron con apuro, con prisa, por vernos a su frente. No, señor: marchaban con una calma y parsimonia que más parecía que lo hacían por ostentación de su disciplina o por desprecio a nosotros, que por confianza en el triunfo. Pero cualquiera que fuera la idea que los dominase, no eran ellos los que con esas apariencias podrían impresionar el ánimo de nuestros soldados, que los habían batido y dispersado en más de diez parajes en los sesenta días que llevábamos de campaña. Pero, en fin, la fuerza se presentó, y la computamos más numerosa que la nuestra; pero el número poco importaba. Con ventajas así, y hasta mayores, habíamos medido nuestras armas en todas partes, y en todas partes no habían podido resistir nuestro empuje.

Pero dejemos a un lado toda reflexión, y veamos como desplegaron su línea.

El general enemigo colocó en el ala derecha su ponderado batallón Victoria (a) Talavera, fuerte de mil plazas poco más o menos, en tres líneas, para sostener el paso del camino real, pero parapetado detrás de la gran zanja que desaguaba en la laguna y hacia inexpugnable la posición.

Enseguida del Victoria, sobre un pequeño morro al centro de la línea, sus dos piezas de artillería que, a manera de reducto, podrían barrer con su fuego la cortadura del camino, y al mismo tiempo la planicie que se extendía sobre su izquierda hasta una larga distancia.

En el ala izquierda, aprovechando un ligero bajío, situó al batallón Concordia, fuerte al parecer de más

de cien plazas, bajo los fuegos de su artillería, pero completamente parapetado contra toda tentativa de nuestra parte, por la gran laguna de Patarcocha que cubría su frente.

Completó su formación colocando en la extrema derecha su caballería, que no faltó quien la calculase en más de 200 jinetes, pero que a mi juicio y el de otros compañeros, tendría a lo sumo 150; pero cualquiera que fuese el número de esta arma, su colocación parecía calculada solo para el caso de alcanzar la victoria, puesto que, como la nuestra, no tenía terreno para operar, sea porque el paso del camino real estaba cortado por el gran foso y defendido por infantería y artillería, o por el insuperable obstáculo del pantano que resguardaba el flanco hasta una larga distancia. Para terminar esta descripción básteme decir que toda su línea estaba colocada detrás de un prolongado obstáculo, que solo a fuerza de coraje y de maniobras tijeras como el rayo podría únicamente ser desconcertada. Esta era la formación del enemigo.

Viendo el general Arenales que la posición enemiga era esencialmente defensiva, de acuerdo con los jefes de división, dispuso su plan de ataque. Se acordó que, bajando las columnas a la pampa, el N.º 11 atacase el foso del camino real, desprendiendo una compañía que con una maniobra rápida cortase la línea enemiga por el centro, aprovechándose para ello de la ribera de la laguna, y mientras esta compañía llamaba la atención por el centro, el resto del batallón emprendiese una carga sobre los Talaveras, pasando el foso a toda costa, pues lo que convenía era un ataque impetuoso.

Se acordó, además:

Que el batallón N.º 2 siguiese su tarea de flanquear la izquierda enemiga, con toda la celeridad imaginable, consultando la simultaneidad del ataque.

Que la reserva prestase más atención a la carga que se encomendaba al ala izquierda, por cuanto ella venía a ser el punto cardinal; y que el batallón de granaderos a caballo, estanco a la mira del momento de facilitarse el paso de la cortadura, cayese sobre la caballería e hiciese cuanto le fuese posible, en una función que sin duda iba a ser la decisiva de la campaña. Esto quedó resuelto en la junta de guerra.

Antes de emprender el movimiento advertimos que las alturas de la circunferencia estaban coronadas por indios, y que del lado nuestro bien se podrían calcular los grupos en más de quinientos. Si debiesen o no tomar participación en el combate que se preparaba, no podíamos saberlo por falta de datos.

Emprendieron la marcha ambas columnas a su destino; pero apenas el enemigo se percató de la maniobra del batallón N.º 11 sobre la cortadura, y aun antes de encontrarse al alcance de sus piezas, empezó a molestarnos con sus fuegos de artillería y fusilería. Hacíamos la marcha medio encubiertos por una colina que había antes de caer sobre la cortadura, ventaja que supo aprovechar el mayor Deheza para organizar su ataque.

Destinó la compañía de cazadores al mando de su capitán Nicolás Medina, para que pasase por sobre los muros de la compuerta de la laguna o como el terreno se lo permitiese, y ejecutase el ataque al centro de la línea enemiga como estaba acordado; para lo cual se apartó de la formación, y por hileras desfiló en guerrilla por el costado derecho, ocultando su movimiento por entre una fila de

chozas y ranchos que había entre la ribera de la laguna y el camino real.

El batallón también se movió para irse encima de la cortadura, pero en ese momento se advirtió en la tropa cierto aspecto de vacilación o encogimiento proveniente sin duda de no haber ocurrido ninguno de esos preliminares de escaramuzas, tiroteos, provocaciones de palabra o agudezas picantes con que se templa el ánimo de los combatientes. Advirtiendo ese desconcierto, el mayor Deheza -con la perspicacia del guerrero experimentado y como inspirado por un golpe eléctrico- picó con las espuelas el hermoso caballo chileno que montaba, y trepando a galope la colina fue la primera figura que se exhibió a la vista del enemigo. De allí dirigió al batallón unas cuantas palabras enérgicas y entusiasmadoras, que me es imposible no recordarlas para repetir las, y la escena cambió de aspecto. La tropa respondió con un ¡viva!, los semblantes se tornaron alegres y radiantes de coraje, y el ataque se acometió en ese acto porque eran ya urgentes los momentos.

El batallón en masa coronó la cima de la colina, a la par que la compañía de cazadores, a paso de trote, marchaba sobre la compuerta a franquearse el paso; y a paso de trote también ejecutamos nuestro asalto al foso. Los realistas, atónitos con el arrojado de nuestros soldados, solo cuando estuvimos a tiro de pistola sobre su línea, atinaron a hacernos una descarga a quemarropa, que sin duda fue oportuna y bien dirigida, pues nos volteó tres oficiales y como quince individuos de tropa, pero no contuvo el ataque por eso. Sobre la marcha cerramos los claros, y sin darles tiempo a que por segunda vez cargasen sus fusiles, nos le fuimos encima a punta de bayoneta, en circunstancias que el capitán Medina

con quince o veinte cazadores que habían logrado pasar, los escopeteaban ya por el flanco. Los Talaveras que quizá se imaginaban que, sin quemar primero veinte o treinta mil cartuchos a pie firme, y echar a la eternidad algunas docenas de enemigos, no era lícito hacer uso del arma blanca y trabarse cuerpo a cuerpo, quedaron estupefactos al verse acometidos con tanta intrepidez. Vacilaron, se envolvieron y se plegaron en cuadro para recibir nuestra carga. De poco les sirvió el orgullo con que nos enrostraban a grandes voces sus antiguos triunfos sobre Napoleón el Grande en la Península. Se acobardaron, perdieron su posición y retrocedieron agrupados, por último, a parapetarse detrás de unas tapias de corrales y chozas, que había como a una cuadra de su retaguardia. El resto de nuestro batallón aprovechó esa confusión para pasar la cortadura, se organizó sobre la marcha, los persiguió con sus bayonetas y los deshizo cuantas veces se detenían intentando rechazar el empuje. Hicieron prisioneros a cuantos no alcanzaron a huir, logrando así la misión que el general y la Patria había confiado ese día a sus brazos.

En una de esas cargas el corneta del batallón 'José Pinto' se trabó en combate personal con el abanderado de Talaveras. El resultado fue que el corneta dio una estocada al oficial, lo tendió mortalmente herido, le quitó la bandera, y después de la acción se la presentó al jefe, haciéndole relación del hecho, que algunos oficiales y tropa presenciaron y dieron testimonio de verdad³.

3 Véase el boletín N.º 9 del Ejército Libertador, publicado en Huaura con fecha 24 de enero de 1821, sobre la campaña de Arenales. (Págs. 245 a 247.) G. E.

Así nos resarcieron los sostenedores de la monarquía española la pérdida de los ilustres compañeros que humedecieron con su sangre los laureles que este día recogió el pabellón argentino. Me es tan honroso como satisfactorio este momento en que puedo dedicarles este recuerdo, y transmitir sus nombres a la memoria de nuestros compatriotas: el teniente de la compañía de granaderos Juan Moreno, mendocino, murió en el acto atravesado por una bala de fusil; el capitán de la 1.º Pedro López, cordobés, perdió una pierna por una bala de cañón; el teniente de la 2.ª N. Plaza, chileno, fue herido en un brazo; y el ayudante del jefe, Manuel Saavedra, de Buenos Aires, recibió una contusión rara en el muslo derecho. Este oficial llevaba siete pesos fuertes en el bolsillo del pantalón, y la bala de fusil acertó a pegarle sobre ellos, se acható y quedó dentro del mismo bolsillo. Pasado el combate fue a reconocer el efecto que le hubiese causado por el dolor que sentía, y solo descubrió una gran mancha en la parte contundida, pero con el mayor asombro descubrió la bala entre el dinero la que nos enseñó y conservaba como un recuerdo.

Pero continuemos la relación del combate.

Mientras el N.º 11 saltaba la zanja y proseguía su ataque sobre el batallón Victoria, y la artillería enemiga no cesaba de molestarnos con sus continuos fuegos a bala y metralla, aunque con tan incierta puntería que muy poco daño nos hacía, el comandante Aldunate con su batallón N.º 2 rodeó la laguna por la derecha a favor con una marcha al trote también; consiguió ponerse al frente del batallón Concordia, abrasarlo con sus fuegos y, bajo la nube de humo, irsele lo mismo a la carga. Tuvo la suerte de tomarlo medio desprevenido, lo desorganizó y lo desalojó de su

posición, sin que le dejase otro arbitrio que fugar y buscar amparo en las casas del pueblo.

Desde ese entonces quedó pronunciada la derrota en toda la línea. Lo demás fue persecución, toma de prisioneros y acopio de toda clase de trofeos como complemento de la victoria.

El mayor Lavalle, que observaba desde su puesto en la reserva cómo la caballería enemiga se retiraba del campo de batalla con su formación intacta, en cuanto la infantería fue desalojada de sus posiciones, se desesperaba por irsele encima y recoger la parte del triunfo a que su arma tenía derecho. Pero no pasaron muchos momentos sin que se colmasen sus deseos.

Llegó un ayudante con la orden de que pasase la cortadura o el pantano, y persiguiese al escuadrón que se retiraba. En el acto se puso en marcha con sus granaderos, y por más que deseaba acelerar el paso del obstáculo, no pudo hacerlo sino de uno en uno por la estrechura de la senda, pues se enfangaron dos o tres que se desviaron por acelerarse; aunque al fin pasó el escuadrón y siguió su marcha.

Pero no pudo andar dos cuadras sin tropezar con otro inconveniente grave, incomparablemente mayor que ningún otro, como es el *soroche* o rareza del aire de aquella región elevada a más de 14 mil pies sobre el nivel del mar, que fatiga y hasta causa la muerte a quien inmoderadamente se agita.

Así le sucedió a Lavalle esta vez, que cuanto más apuraba el paso por acercarse al objeto de su persecución, más se le fatigaban los caballos, y los soldados iban quedándosele uno aquí y otro más allá. ¿Qué hacer contra

el poder irresistible de la naturaleza? No encontró otro arbitrio que escoger diez hombres de los mejor montados, y despacharlos con el teniente Vicente Suárez, paraguayo, a picar la retirada del escuadrón realista al que suponía estar sufriendo igual inconveniente. Suárez nos referiría después que consiguió acercarse al escuadrón enemigo, solo después de andar de cuatro a cinco leguas al oeste de Pasco, por uno de los caminos que van al pueblo de Yanahuanca. También relataría que tanto prófugos como perseguidores llevaban una marcha igualmente lenta por más que deseaban hacerla más veloz; que cuando se hubo acercado como a tiro de fusil, el escuadrón enemigo hizo alto, volvió la cara y se desplegó en batalla; que la fuerza que presentó fue de cuatro mitades de 16 hileras de frente, perfectamente uniformados y armados de tercerola y sable. Que al ver esa actitud amenazante, él consultó el ánimo de los granaderos preguntándoles qué podrían hacer, y que unánimes respondieron con ese coraje que siempre les acompañaba. *“Vamos sobre ellos, señor”*, sin dejar de seguir su marcha. Que en ese momento vio que el comandante Santa Cruz, solo, dando algunos pasos al frente y envainando su sable, le dijo en alta voz: *“Señor oficial, ¿quiere usted envainar su espada y que hablemos cuatro palabras?”*, a lo que Suárez, haciendo alto, respondió: *“No tengo inconveniente, señor.”* Que, entonces, envainando su sable y batiendo en alto las palmas de sus manos para darle la prueba de no tener arma alguna en ellas, marchó al frente a su encuentro; que ambos se acercaron pausadamente midiendo la distancia, y en cuanto se pusieron al habla el comandante Santa Cruz le preguntó *“quién era el jefe de la caballería, y qué deseaba hablar con él”*. Que Suárez le respondió que él era *el mayor*

Lavalle, que venía un poco más atrás con la fuerza, y le mandó el parte de esta ocurrencia con un sargento. Lavalle, que realmente continuaba la marcha en protección de Suárez, luego que conoció de este aviso y sus pormenores, dispuso que el escuadrón siguiese su marcha hasta reunirse a la vanguardia si fuese posible, y acompañado de un ayudante y dos ordenanzas marchó al trote al lugar de la cita. A poco nomás llegó Lavalle a donde estaba Santa Cruz, y después de los saludos de cortesía se apartaron a un lado a hablar solos.

Conferenciaron largo tiempo, dando por resultado de la entrevista que el *Escuadrón de Dragones de Caravaillo*, que así se titulaba, se entregó prisionero desde el jefe hasta el último clarín, con sus armas, estandartes, municiones y cuanto tenía, en número de 130 hombres de tropa, en cuya virtud se puso en marcha para el mineral de Pasco, siguiendo a corta distancia a su retaguardia los granaderos, como por vía de escolta.

Produjo una extraña admiración a los oficiales de granaderos, que una fuerza tan considerable se hubiese rendido sin hacer ninguna clase de resistencia. En precaución de un arrepentimiento o motín repentino de la tropa, con afabilidad y simulados pretextos se entretuvieron durante la marcha en tomar las tercerolas de muchos de los soldados como para reconocer la clase de armamento, y con tal motivo abrían y cerraban las cazoletas, montaban y desmontaban los gatillos, siendo el verdadero intento derramarles las cebas e inutilizarles de pronto el tiro. Felizmente no ocurrió la menor novedad durante la marcha, y en cuanto por la noche llegó esta tropa al pueblo, fue desarmada y asegurada en los

depósitos de prisioneros. Esta fue la última operación de la batalla de Pasco.

Los trofeos que las armas de la Patria recogieron en ese día memorable fueron tres banderas, dos estandartes, la espada del general O'Reilly, el armamento de dos batallones de infantería y el de un escuadrón de carabineros; dos piezas de artillería, la caja militar y el parque de repuestos. La pérdida de fuerza que ambas partes sufrieron, fue como sigue:

		JEFES	OFICIALES	TROPA
De los Patriotas	Muertos	1	14
	Heridos	3	23
Total		6	37
De los Realistas	Muertos	4	58
	Herido	3	18
	Prisioneros	4	36	386
Total		4	43	462

Por estos detalles se tendrá en conocimiento que no podía apetecerse un triunfo más brillante ni más completo. Pero para que nada se echase de menos aún restaba su complemento. Habiendo el general Arenales recibido aviso de los indios que mosqueteaban la batalla desde las alturas, que el general O'Reilly había sido de los últimos en retirarse del campo de combate, y por consecuencia no debía andar muy lejos, dispuso, que sin pérdida de tiempo marchase el teniente Vicente Suárez con un piquete de granaderos bien montados en mulas, a perseguirlo en cualquier dirección que fuese hasta capturarlo. Así se hizo: en la madrugada del día 7, Suárez se puso en marcha,

llevando de baqueanos a varios entusiastas indios alcaldes que se ofrecieron voluntariamente, y tomó el rumbo que las noticias más recientes indicaban. Dicho y hecho: a los tres o cuatro días volvió el infatigable Suárez con el último trofeo de la victoria del 6. El general español había sido alcanzado en los campos de la hacienda de Lauricocha, como veinte leguas al noroeste del campo de batalla, próximo a tomar el camino de la cordillera de Cajatambo, desde donde fácilmente podía arribar a Lima. Pero ya estaba decretado que el poder español terminase en América, y esa sentencia fatal debía cumplirse.

La División Arenales había cumplido su misión, y ya era tiempo que dejase el campo a nuevos acontecimientos. Había descansado doce o quince días, y el general, después de instalar como gobernador de la provincia de Pasco al teniente coronel Manuel Rojas, emprendió su marcha por la quebrada de Oyón.

Antes de referir los últimos pasos de nuestra campaña, se me ha de permitir una digresión que quizá no desestime la posteridad.

Mucho había llamado la atención de todos nosotros el grado de desarrollo en que encontramos el espíritu revolucionario en aquellos pueblos, enigma que al principio no supimos explicarnos, pero que a poco andar descubrimos el origen. En lo principal había sido obra del general San Martín, que apenas hubo logrado de los gobiernos de Chile y de las Provincias Unidas la resolución decidida de expedicionar al Perú, vio que era la hora de la combustión, y lanzó emisarios secretos que desparramaron proclamas impresas, en castellano y en quechua, hablando a todas y cada una de las clases y castas de que se componen

aquellas masas, explicándoles su empresa y el rol que cada cual estaba llamado a desempeñar.

Así, pues, los indios y aún personas de más elevada clase, que habían conseguido uno o más de estos papeles, los guardaban con fe reverente y entusiasta, como una valiosa adquisición, y se servían de ellos como de un pasaporte o título, que nos enseñaban para comprobar su patriotismo y adhesión a la causa de la independencia.

Por este tiempo regresó del cuartel general el ayudante Florentino Arenales que había conducido el parte de la victoria de Pasco, y por él supimos que mientras nuestra división había hecho su paseo militar por Ica, Huancavelica, Huamanga, Jauja, Tarma y Pasco, el general San Martín se había reembarcado en Pisco con el resto de la expedición; había hecho una visita al puerto del Callao con el ejército y la escuadra, y descendiendo enseguida a la costa del norte de Lima, había vuelto a desembarcar en el puerto de Huacho a principios de noviembre.

El 20 o 21 de diciembre si mal no me acuerdo, la División Arenales emprendió su marcha hacia la costa buscando su unión al ejército, no sin preparar el ánimo para otra función como la del 6, pues era muy factible que el general Canterac, acampado con el ejército real en la hacienda de Asnapuquio, intentase tomar su revancha a nuestro paso. Efectivamente, así pudo suceder sin la traslación de nuestro ejército de Pisco al norte, pues con esa mira en el mes anterior el enemigo había destacado una columna de 1,300 hombres de las tres armas sobre la línea de Chancay y Palpa, al mando del intrépido guerrillero coronel Gerónimo Valdés. Pero ya era tarde.

El incomparable genio del general San Martín, cuya previsión y cálculo estratégico rayaban a una altura que no a muchos es dado llegar; el que nunca había comprometido una simple partida sin la probabilidad del éxito; el que con la audacia y rapidez de sus maniobras había aturcido al virrey; el que, para decirlo de una vez, era el alma de esa prestigiosa superioridad que la expedición había impreso en el Perú y en la América toda, él había cruzado el plan del enemigo. Lo había previsto con mayor anticipación, y dio órdenes al coronel Alvarado de ocupar Palpa con la masa de caballería de vanguardia, ocupación que se verificó con el apoyo del resto de nuestro ejército que se movió hasta la hacienda de Retes.

Hasta entonces, y desde cuatro años atrás, el poder español, en Chile como en el Perú, se había visto vencido o burlado por nuestros soldados en más de sesenta combates y casos diversos, y en esto se fundaba su orgullo y su preponderancia, calidades que tomaron mayores dimensiones con el trastorno consiguiente a la deposición del virrey Pezuela, arrojado de su solio por sus propios generales y jefes, acusado de apatía, irresolución e incapacidad. Este era el cuadro que ofrecía el Perú en las primeras escenas del drama de su independencia.

El ejército formado con el general jefe de E. M. a la cabeza hizo los honores de la recepción, y una vez que los cuerpos tomaron su puesto en la línea, se presentó el general San Martín con sus edecanes, y en términos lacónicos pero expresivos dio su bienvenida a la división de la sierra, expresándole que quedaba satisfecho de su comportamiento y de que cada cual en su puesto hubiese cumplido su deber.

Enseguida, el general Las Heras secundó su enhorabuena con escogidas palabras, y dirigiéndose al N.º 11, cuerpo que había creado y sido su jefe por más de ocho años, le felicitó en particular exhortándolo a que siempre siguiera por la senda del deber y de la victoria, en que tantas veces había merecido honrosos aplausos.

Los cuerpos se retiraron a sus respectivos campos, y el nuestro al que le había señalado el E. M., y acto seguido empezó a presentarse la oficialidad de los otros con sus jefes a la cabeza, a congratularnos por la felicidad de la campaña y de nuestro arribo, singularizándose en demostraciones. La primera oficialidad en llegar fue la del engreído batallón de Numancia, oficialidad que en su mayor parte eran jóvenes oficiales que habían pertenecido a las tropas de Colombia, que teniendo la desgracia de caer prisioneros en poder del general español Morillo, durante la época de la guerra a muerte que hizo en Venezuela y Nueva Granada, por un rasgo de compasión a su corta edad no los había fusilado, como lo hacía con todo prisionero sin distinción de clase ni rango. Los había destinado al Regimiento Numancia en clase de soldados rasos, entre los cuales se contaban los capitanes Pedro Guerra y Agustín Geldarino; los ayudantes José Bustamante y Rafael Cuervo; los tenientes Pedro Torres, N. Madrid, Pedro Guas, Diego Sánchez y Pedro Somoza, y los subtenientes José Carretero, Luis Foronda y Francisco Satizábal, siéndome muy satisfactorio añadir que desde ese día la oficialidad, así como la tropa de ambos batallones, simpatizaron con tanta estrechez que, en los campamentos y en los combates, lo mismo que en los pueblos, nos buscábamos unos a otros con preferencia, y conservamos una unión y

confraternidad, que solo se interrumpió por el regreso del cuerpo a Colombia.

No fueron estas las únicas demostraciones que se tributaron a nuestra división en aquel día, sino que se complementó con un premio que para nosotros fue de una alta estima. Nuestra satisfacción fue inmensa y la sensación de agradecimiento y estímulo que produjo en el ánimo de todos, me merece hoy, como me mereció entonces, un vivo recuerdo.

El general San Martín, que en todo podría ser pródigo menos en los ascensos y recompensas, hizo publicar en la orden general de ese día un decreto que había expedido el 13 de diciembre cuando recibió el parte de la batalla. En él decía: *«La División Libertadora de la Sierra ha llenado el voto de los pueblos que la esperaban; los peligros y las dificultades han conspirado contra ella a porfía, pero no han hecho más que exaltar el mérito del que la ha dirigido y la constancia de los que han obedecido sus órdenes; para premiar a unos y a otros se abrirá una medalla que represente las armas del Perú por el anverso, y por el reverso tendrá la inscripción **A los vencedores de Pasco.** El general y los jefes la traerán de oro, y los oficiales de plata, pendiente de una cinta blanca y encarnada. Y los sargentos, cabos y soldados usarán al costado izquierdo del pecho un escudo bordado sobre fondo encarnado, con la leyenda: **Yo soy de los vencedores de Pasco.***

En seguida hubo promociones en los cuerpos de la división, y a mí me tocó en suerte ocupar la vacante de teniente segundo de la compañía de Granaderos, que el desgraciado Moreno había dejado por su muerte en aquella memorable jornada.

Aquí terminaría estos apuntes sobre la Campaña de la Sierra, si no fueran dos singulares episodios que ocurrieron, y que guardan un riguroso enlace con las operaciones del ejército en general. Voy a hacer su exposición lo más lacónico que me sea posible.

Como ya he dicho en otra parte de estos apuntes, cuando el general Arenales marchó con la división sobre Huamanga, el 21 de octubre, dejó como gobernador político de la provincia de Ica a Juan José Salas, persona de distinguida clase, de ilustración no común y de una educación cultivada, calidades que le habían granjeado la estimación del General, además de que a nuestro arribo a Pisco había adquirido mérito con su actividad, contracción y asiduas oficiosidades para proporcionar a la división alojamientos cómodos, víveres, caballos y cuanto se hacía necesario a la oficialidad y tropa, y por cuyos comedimientos todos nosotros le correspondíamos con las más finas atenciones y deferencias. Dejó también como Comandante General de Armas del Sur al teniente coronel Francisco Bermúdez, a quien se le entregó la cantidad del armamento y municiones tomados del enemigo, con destino a que levantase una fuerza que sostuviese interconectada la comunicación entre el departamento de Arequipa y la capital de Lima, poniendo a sus órdenes al sargento mayor graduado capitán de caballería José Félix Aldao, oficial de capacidad, de valor a toda prueba y otras buenas calidades militares, para que formase un escuadrón veterano que les sirviese de apoyo.

Pero el señor Salas, que a todos merecía el concepto de un patriota decidido y leal, olvidándolo todo, despreciando las consideraciones y honores que se le

habían prodigado, se había puesto en inteligencia secreta con el virrey. En cuanto el general Arenales continuó la marcha para el interior, su correspondencia fue más frecuente y por consecuencia con datos más positivos, más detallados y doblemente más perniciosos. Pero la Providencia, que parecía estar de parte de la causa de la libertad, puso el antídoto al lado del veneno: los conductores de esa correspondencia que eran de la raza indígena, raza hechizada con las palabras de '*Patria*' y '*Libertad*', que había lanzado el general San Martín desde Chile en sus proclamas, y que los hechos le demostraban que nuestra misión era realmente la de destruir a sus opresores; al solo decirles Salas que las cartas que le recomendaba eran para el virrey de Lima, sospechaban la traición, y de trasnochada, trasmontando serranías, arrostrando toda clase de riesgos, iban a presentarlas al general San Martín, en la persuasión de contraer un mérito y de hacer un servicio a la causa de sus simpatías. Varias de estas cartas, y entre ellas, otras que la bella señora Rosa Campusano (guayaquileña, que disfrutaba entonces de mucho ascendiente ante el general La Serna), decidida y entusiasta patriota de Lima, que había logrado sustraer clandestinamente de las gavetas de un escritorio, estaban también en poder del general San Martín cuando el ayudante Arenales condujo el parte de la victoria de Pasco. Al regreso, pues, de este oficial, el general Arenales recibió orden con recomendaciones encarecidas de hacer comparecer a Salas en el Cuartel General con toda seguridad y a la mayor brevedad posible.

Mientras esto ocurría entre los generales San Martín y Arenales por el norte, otras cosas de diverso género,

aunque del mismo origen, tenían lugar por el sur entre las provincias de Ica, Arequipa y Lima.

El comandante Bermúdez y el mayor Aldao, que conocían bien la peligrosa posición en que los dejaba el alejamiento de la división Arenales al interior, procedieron sin perder instantes con la actividad de su celo y pericia en la guerra. Conocían que no podían sostener el puesto que se les había encomendado sin una fuerza veterana en que apoyarse, y esta necesidad les obligó a levantar dos pequeñas compañías, una de infantería y otra de caballería, empeñándose en darles su instrucción y disciplina día y noche sin cesar. Con el mismo designio sometieron también a una rigurosa organización y enseñanza a parte de las milicias de infantería y caballería de la provincia, tanto para afianzar su poder moral y material, cuanto para comprometer al pueblo en el sostén de la libertad e independencia que acababan de jurar en un acto solemne. Pero en medio de este cuadro el gobernador Salas, ya sea por su debilidad característica; por carecer de un legítimo patriotismo o persuasión de los derechos de su país: o en fin, porque su corazón profesase mayor adhesión al vasallaje que a la libertad; ciego por sus instintos o inclinaciones menguadas, y sin valorar la mancha que echaría sobre su nombre si por algún incidente llegaba a ser descubierto, no vio en la marcha de nuestras tropas al interior sino un campo más expedito para continuar su correspondencia con el virrey y generales realistas, no limitándose ya a solo dar razón de la fuerza y estado débil en que quedaba Ica, sino aconsejando e instando a que mandasen tropas que por sorpresa se apoderasen de la provincia, y que tomasen a esos jefes insurgentes

que oprimían al pueblo. Este era el lenguaje de las cartas interceptadas. Y así sucedió. Tantas fueron las insinuaciones del desleal Salas y sus ofrecimientos de cooperación, que, convencido el virrey de no correr riesgo en la empresa, se decidió a mandarla ejecutar girando sus instrucciones al general Ricafort, jefe de la costa sur, para que despachando fuerzas de su parte simultáneamente con otras que él haría salir de Lima en días fijos, a una determinada hora cayesen sobre Bermúdez y Aldao.

El plan, no hay duda, era sencillo y bien combinado, pero no resultó así en la ejecución, porque algunos legítimos patriotas, al observar apresto de tropas, se valieron de ingeniosos ardides para averiguar el designio, y así que lo consiguieron despacharon un indio cruzando cerros y sendas escusadas, para avisarlo al jefe de las tropas de Ica. Bermúdez apercebido entonces por este aviso y otras sospechas y denuncias que desde antes tenía contra Salas, tomó con sigilo toda clase de medidas para precaverse de una sorpresa, siendo la principal de ellas la de asegurar con artificio la persona del sospechoso.

Pasó algunos días de incertidumbre pero variando de posiciones todas las noches, cuando a la hora menos pensada se presentó uno de los espías que había mandado a Lima, y le dijo que estaba cerca una fuerza que venía a atacarlo. Esta se presentó pocos minutos después, se trabó un combate en el que hubo algunos muertos y heridos de ambas partes, pero los milicianos de Ica, bisonños y que sin duda por primera vez se veían entre la sangre y las balas, se acobardaron, se devolvieron y se dispersaron, no quedando a Bermúdez otro recurso que emprender su retirada, aprovechando cuantas ventajas y posiciones le

ofrecía la localidad, hasta que pudo ganar la sierra. Allí se consideró seguro, pues el enemigo no se esforzó mucho en su persecución. Entonces con más calma pudo tomar la cordillera en dirección al valle de Jauja. Siguió sin más inquietudes, con la tropa que llevaba, un grupo de reclutas con 40 o 50 días de instrucción apenas. En las marchas por caminos extraviados y difíciles, se le dispersaron algunos sin forma de evitarlo. Aun así, llegó con el resto a Huancayo sin novedad. Allí recibió comunicaciones del general Arenales que iban a despachárselas a Ica, y entre ellas una en que le ordenaba conminar a la persona del teniente coronel Salas a presentarse ante el general en jefe, escoltado por un oficial con tropa, con la consigna reservada de vigilar y asegurar su persona sin dárselo a entender.

Llegó Salas muy ufano al cuartel general de Retes, llamando la atención el conjunto de su lujoso traje militar, su montura, su sable, sus botas granaderas y, sobre todo, su estatura gigantesca. El oficial conductor lo presentó en el acto al general San Martín, diciendo, que lo remitía el comandante Bermúdez desde Huancayo por órdenes que había recibido para ello. El general entonces pidió a su secretario privado, capitán Salvador Iglesias, que le trajera las cartas que tenía de Salas. Siéndole presentadas, las revisó, tomó de entre ellas una y enseñándole la firma le preguntó: “*¿Conoce usted esta carta?*” Salas respondió: “*Si, señor, la conozco: es mía.*” El general le dijo entonces: “*Pues, si usted la reconoce, lea su contenido.*” Salas, al reconocer su letra, creyó probablemente que era alguna de las que había escrito desde Ica al mismo general a Pisco, pero en cuanto dio vuelta la hoja para leerla desde el principio, se encontró con que era de las que había dirigido a Lima

aconsejando la sorpresa al comandante Bermúdez en Ica. Quedó estupefacto, sin sentido: y comprendiendo de un golpe su crimen, y que ya no eran momentos de recurrir a disculpas, no encontró más recurso que postrarse de rodillas a los pies del general San Martín, y abrazándole las piernas implorar *“piedad, perdón, clemencia para un hombre débil, inexperto, alucinado por el poder de los realistas”*, que él conceptuaba invencible.

El general entonces dio dos pasos atrás, le dirigió una mirada de desprecio con sus ojos centelleantes, diciendo: *“Yo no he venido a este país a sacrificar bichos tan miserables como este”*, y volviendo la espalda ordenó que en el acto se mandase al puerto de Huacho, lo embarcasen en el buque que iba a zarpar para Valparaíso, poniéndolo a disposición del gobierno de Chile, con exposición de la causa y sus antecedentes.

Este pasaje lo presenciaron los edecanes del general y varias otras personas que después lo refirieron, y así se divulgó en el campamento como tantos otros que continuamente ocurrían. La orden del general San Martín se cumplió, y Salas permaneció alejado durante su administración. Pero cuando Riva Agüero subió a la presidencia del Perú, en marzo de 1823, no solo le permitió regresar al país, sino que lo llamó a la carrera militar, no recuerdo bien, si en la clase que le confirió el general Arenales o con ascenso. Esto no importa gran cosa, pero sí conviene recordar que no fue este el único de los actos notables de la corta administración de Riva Agüero.

Aquí termina el primero de los episodios que ofrecí referir; y en cuanto al segundo, si por ahora no mereciese figurar como parte del suceso que le dio origen, no

perjudicará en mi concepto que pase a nuestros más lejanos sucesores, para cuando les llegue el turno de apreciar las ocurrencias de esos remotos tiempos, en cuyo supuesto se me permitirá una sucinta exposición de sus preliminares.

Luego que nuestro ejército se retiró de Retes y tomó cantones en el pueblo de Huaura, se encontró que no había local aparente para depósito del crecido número de prisioneros de toda clase que tenía, en cuya virtud se dispuso establecerlo en Huarmey, pueblo que está a treinta leguas más al norte.

Siendo de este número el teniente coronel Andrés de Santa Cruz, americano natural de La Paz, solicitó abrazar la causa de la libertad, y el general San Martín se lo concedió; juró la independencia en legal forma, levantándose un acta ante testigos militares de graduación de ambos ejércitos, y fue incorporado al Ejército Libertador en su mismo empleo. Poco después fue nombrado comandante militar de la provincia de Cajamarca; más adelante se le confió el mando de la división que bajo la dirección del general Sucre triunfó en Pichincha, y posteriormente sus servicios y circunstancias lo elevaron hasta el rango de Gran Mariscal del Perú.

Bajo la prestigiosa influencia del Ejército Libertador, en el mes de diciembre de 1820 los pueblos de Cuenca, Ambato y Loja, del departamento de Quito, proclamaron su independencia. Enseguida, el departamento de Trujillo y sus provincias repitieron el mismo grito, encabezados por su intendente, el marqués de Torre Tagle, y a su imitación, hicieron otro tanto las ciudades de Moyobamba, Chachapoyas y demás pueblos del departamento de Maynas. Es decir, todo el norte del Perú se sometió al poder de nuestras armas.

A fines de abril de 1821 reaccionaron los españoles vecinos del pueblo de Otuzco, bajo la inspiración, según se dijo, del señor obispo Sánchez Rangel de la diócesis de Maynas y de los funcionarios derrocados, por cuyo motivo fui comisionado yo con 50 hombres de mi batallón para prestar apoyo al comandante militar de Cajamarca. Marché a mi destino y en esas circunstancias se esparció la noticia de que los prisioneros del depósito de Huarmey se habían sublevado también en esos mismos días, quién sabe si en combinación, aunque separados por una larga distancia un punto de otro. Como quiera que ello fuese, los de Huarmey, que se hallaban sobre la costa del Pacífico, pudieron completar su evasión embarcándose, pero lejos de eso dirigieron su fuga a la sierra, buscando la reunión con los de Otuzco. Por este hecho se juzgó verosímil que pretendían reunirse para hacerse más fuertes, y pensasen hacer rumbo por las faldas de la sierra hacia Jauja, por cuanto de allí les era más fácil descender a Lima o incorporarse a sus tropas del Cusco. Esto se calculaba, por cuanto iba entre ellos el coronel Manuel Sánchez que lo había sido del Regimiento de Talaveras, y como buen militar juró vengar el agravio de su derrota de Pasco, y entre volver a España con esa nota, se suponía que prefiriese lo primero.

Sea esto lo que fuese, no siendo mi intento sino recordar una explicación que le oí hacer al teniente coronel Santa Cruz respecto de su persona, terminaré esta digresión diciendo, que luego no más, y a poca costa, se pacificó la provincia con la captura de los prisioneros y sublevados de Otuzco, por las indiadas circunvecinas que se les lanzaron encima, los acorralaron y asediaron en una quebrada, y no les quedó más arbitrio que rendirse.

Recuperado el orden y la tranquilidad en los pueblos de aquella parte de la Sierra, el piquete a mi mando permaneció en Cajamarca, por cuya circunstancia y el cumplimiento de mis obligaciones, diaria y frecuentemente tenía que ver al comandante Santa Cruz, para darle los partes de las ocurrencias del cuartel y recibir sus órdenes. Este contacto diario por una parte, y el no tener él ni yo relaciones en el pueblo, no tardó mucho en hacer más franco nuestro trato y establecer una estimación y confianza mutua. En ese estado de relaciones de amistad, una de esas noches de verano que conversábamos a la luz de la luna acerca de la campaña de Arenales y la batalla de Pasco, me dijo: “Usted y quizá todos los que se hallaron en esa campaña, probablemente han hecho muchos y diversos comentarios en lo que a mí respecta, cuando me vieron salir del campo en el momento de anunciarse la derrota de O’Reilly, o al verme volver por la noche en clase de prisionero; pero cualesquiera que hayan sido, dudo que hayan acertado con las verdaderas causas, y por eso me permitirá que se las explique.”

“Primera: yo pude retirarme en orden como llevaba mi escuadrón por el camino más corto o mejor para descender a la costa, sin que nadie hubiese podido impedírmelo, por cuanto el general Arenales no tenía la fuerza de caballería necesaria para mi persecución, y aun cuando la hubiera tenido, no habría consentido en que se alejase aislada a una larga distancia.”

“Segunda: pude haber batido a Lavalle cuando me perseguía por el camino de Yanahuanca, pues llevaba solo 25 o 30 hombres, que yo contaba uno a uno con

mi antejo, cuando mi fuerza era cuatro o cinco veces mayor, y esto me daba la probabilidad del triunfo; y lo que era aún más, Lavalle llevaba sus caballos en mal estado por las marchas y maniobras que había hecho, mientras que los míos eran incomparablemente superiores, ya por no haber hecho fatiga, ya por haber estado en descanso y mantenidos a grano en pesebre: y para decirlo de una vez, mi triunfo habría sido indudable en esa ocasión, y entonces mi retirada era segura basta el otro lado de la cordillera y sin temor de ser inquietado.”

“**Tercera:** pude pasarme con mi escuadrón, como estaban haciéndolo los jefes y oficiales americanos hasta con tropa armada, pero como una infidencia deja impresa la desconfianza sobre sus autores, pues como dice el proverbio: *‘quien hace un cesto puede hacer un ciento’*, no quise echar esa mancha sobre mi nombre, porque así habría sucedido ante la opinión de ambos beligerantes, y deseché la idea por deshonrosa. En este sentido hablé a la tropa explicándole el concepto. Todos se convinieron unánimes, porque también les prometí hacérselo así presente al general San Martín, y que no dudaba que cumpliese las promesas que había hecho en sus proclamas a las tropas del ejército real.”

“**Cuarta:** yo como americano, y desde muy atrás, abrigaba las más positivas simpatías por la causa de la emancipación, porque me había llegado a convencer del perfecto derecho de la América y de su inmenso

poder, así como de la impotencia de la España y la nulidad de sus recursos. Veía el desacuerdo y casi anarquía entre el virrey y los mismos generales y jefes europeos, unos absolutistas y otros constitucionalistas, anarquía que ahora la vemos patente con la deposición de Pezuela. Veía al mismo tiempo los progresos que hace y nadie duda que seguirá haciendo la revolución del Perú, bajo la protección del ejército y dirección de un general que con tan hábil golpe de ojo, con tanta firmeza, concibe y ejecuta el más trivial de sus golpes; veía que cuando él abandonó su carrera en Europa, lo hizo como americano y por amor a la sagrada causa de nuestra tierra, ¿por qué no hacerlo yo en la ocasión que se me presentaba?”

“Estas y otras infinitas reflexiones se agolpaban a mi mente en esos momentos; ellas me iluminaron; por ellas preferí entregarme prisionero, y así me tomé la libertad de decírselo al general delante de los señores Montegudo y Guido, y la mejor prueba del acierto de mi resolución es el puesto en que me hallo colocado. Estas son las explicaciones que ofrecí a usted, y como ahora ya es innecesaria su reserva, autorizo y ruego a usted que las transmita a sus compañeros toda vez que se le presente ocasión.”

* * *

Aquí dan fin mis reminiscencias de la primera campaña del general Arenales a la Sierra, sobre cuyos hechos estoy en la persuasión de que nada se ha escrito; o por lo menos, si la prensa algo ha dado a luz, yo no he leído todavía, y

por mi parte sentiría mucho que quedasen en el silencio de los tiempos; debiendo advertir, por conclusión, que, si en el relato de algunos acaecimientos no hubiese estricta exactitud, es porque no en todos ellos pude hallarme presente, y los refiero como y del modo que llegaban a mi conocimiento. A bien que más atrás han de venir sin duda otros que enmienden y perfeccionen esto y lo demás.

Buenos Aires 1 de mayo de 1865.

José Segundo Roca

Este libro de terminó de imprimir
en los talleres gráficos de:

.....

en el mes de abril de 2021

Lima-Perú